

Apocalipsis, Claudia Hernández Ramírez, mención en fotografía en el Concurso 33 de *Punto de partida*

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	9
Héctor Valdés / Eduardo Casar	
CONCURSO 33 DE PUNTO DE PARTIDA	13
PRIMERA ENTREGA	
La ley (cuento breve) / Édgar Omar Avilés Martínez	14
Elshiry (poesía) / Édgar Roberto Mena López	15
Crónica <i>underground</i> : Un viajecito por el inconsciente del Metro de la Ciudad de México (crónica) / Édgar Adrián Mora Bautista	21
Huye de Z. Huye (teatro) / María Carolina Rivas Domínguez	27
Sin título (fotografía) / Claudia Sofía Benítez Duarte	44
Alegorías (viñeta) / Enrique Puebla Valencia	52
EL RESEÑARIO	58
Historias de mujeres (recomendaciones) / Carmen Uriarte	

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Juan Ramón de la Fuente
Rector

Ignacio Solares
Coordinador de Difusión Cultural

Malena Mijares
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 115, septiembre-octubre 2002

Edición: Carmina Estrada
Asistencia: Santiago Igartúa Scherer
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño: Rafael Olvera
Ilustración para este número: Taller coordinado
por Santiago Ortega
Fotografía de portada: Apocalipsis (detalle),
Claudia Hernández Ramírez

La responsabilidad de los textos publicados
en *Punto de partida* recae exclusivamente en
sus autores, y su contenido no refleja necesari-
amente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación de la
Dirección de Literatura de la Coordinación de
Difusión Cultural de la Universidad Nacional
Autónoma de México. ISSN: 0188-381X. Cer-
tificado de licitud de título: 5851. Certificado
de licitud de contenido: 4524. Reserva de dere-
chos: 04-2002-032014+25200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a
Punto de partida, Dirección de Literatura,
Zona Administrativa Exterior, Edificio C,
primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán,
México, D.F., 04510.

Tel.: 56 22 62 01

Fax: 56 22 62 43

correo electrónico:

cestrada@correo.unam.mx

Este tercer número de la nueva época de *Punto de partida*, el 115, presenta una primera entrega de los trabajos ganadores en el Concurso 33 de la revista, en seis categorías: cuento breve, poesía, crónica, teatro, fotografía y viñeta, acompañados por el trabajo de ilustración de estudiantes de instituciones educativas diversas. Nos regocija que esta revista sea hoy, como lo ha sido desde su fundación, el punto de partida de autores jóvenes que, estamos seguros, destacarán pronto en las letras y las artes visuales de nuestro país.

Queremos dejar aquí constancia de nuestra satisfacción por los resultados de este concurso, correspondiente al año 2001, el cual rebasó gratamente nuestras expectativas tanto por la respuesta de los estudiantes de toda la República como por la calidad de los trabajos ganadores. Valga este número como muestra. Aprovechamos también este espacio para reconocer la labor entusiasta del jurado, y para invitar a nuestros lectores a participar en la siguiente emisión del concurso, cuya convocatoria ya está abierta y publicamos aquí.

Como ya es costumbre iniciamos, a manera de presentación, con nuestra sección Del árbol genealógico, en la que Eduardo Casar —poeta, ensayista y narrador, ganador del premio de ensayo José Revueltas y maestro de muchas generaciones en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y en la Escuela de Escritores de la SOGEM— nos regala un poema dedicado a otro maestro emblemático de la Universidad: Héctor Valdés.

Y para terminar, dos apetecibles historias de mujeres en nuestra sección de recomendaciones literarias. ●



Héctor Valdés

Eduardo Casar

Hacer nacer es una de las cosas
más bastante importantes de las vidas,
es una de las cosas más hermosas
según cómo se enlacen los pentágonos-casas
del código genético.

Aquí digo su nombre: Héctor Valdés,
un hombre de voz grave,
de caminar pausado por su voz siempre curva.

De creación cupular
con las lentas esferas desbocadas.

Héctor fue mi padre sin que nadie supiera,
padre ascendiente, intelectual, oral, sonoramente,
quitado de su pena, nunca de la memoria

de sus alumnos que le conocieron
el alma de su calma y la sabiduría
de su modo de estar gravitando con ellos:
no entraba en el salón:
estaba en el salón como si fuera
la parte iluminada,
la menos cara negra de la sombra
de los aprendizajes.

(En su clase conocí a ciertos amigos
que fueron tan importantes
como para morir con ellos.)

Él nos dijo: no es nadie quien no lea *La regenta*,
mas no lo dijo así: nunca nos dio instrucciones,
sólo fuentes y cauces, el amasante suave
del jardín del desierto.

Cuando lo conocí yo comenzaba a ser
una forma estudiante:

hoy soy un carcamán cuya cabeza toca
el techo de los años.
No me agacho y retiemblan
las bardas de mi sangre pero sí se me secan.
Pero junto las manos
para decir con calma: "Héctor Valdés".
Para mí no es un nombre:
es una oración
que no quiso tener subordinadas.
Cuando junto las manos una mano es la suya
y al tocarme no siento que me toca:
siento que estoy tocando en otras puertas.

Nota del autor: Fue en la revista *Punto de partida* donde yo publiqué mi primer texto. La maestra Eugenia Revueltas nos pidió un trabajo final para su clase allá en 1972, hace treinta años. A ella le gustaba la obra de Octavio Paz y a algunos de nosotros no. Entonces, junto con otro compañero (cuyo nombre me reservo no por ponerme misterioso sino porque no le he preguntado si quiere que lo señale) decidimos escribir un texto criticando la poética de Paz y algunos aspectos de su poesía y de "Piedra de sol", con la clara intención suicida de la provocación. El trabajo se llamaba "Octavio Paz o ¡quita esa mano de encima!". Después de que la maestra Revueltas revisó el trabajo pidió que nos identificáramos, nos felicitó y solicitó nuestra anuencia para publicarlo en *Punto de partida*, que ella dirigía. Ese acto fue una gran lección de tolerancia intelectual y espíritu universitario. Hoy publico aquí, de nueva cuenta, un poema sobre otro de los grandes maestros de mi generación: Héctor Valdés.

**PUNTO
DE PARTIDA**

**PUNTO
DE PARTIDA**



**PUNTO DE
PARTIDA**

Punto



punto
DE PARTIDA



Concurso 33

Primera entrega

La ley / Premio de cuento breve

Édgar Omar Avilés Martínez, Lengua y Literatura Hispánicas

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM / Escuela de Escritores, SOGEM

Jurado: Armando Pereira y José Vicente Anaya

Elshiry / Premio de poesía

Édgar Roberto Mena López, Lengua y Literatura Hispánicas

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Vicente Quirarte y Eduardo Casar

Crónica underground: Un viajecito por el inconsciente del Metro de la Ciudad de México / Premio de crónica

Édgar Adrián Mora Bautista, Posgrado en Estudios Latinoamericanos

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Ana Cecilia Lazcano y César Arístides

Huye de Z. Huye / Premio de teatro

María Carolina Rivas Domínguez

Centro Universitario de Estudios Cinematográficos, UNAM

Jurado: Anabel Rodrigo y Antonio Crestani

Sin título / Premio de fotografía

Claudia Sofía Benítez Duarte, Psicología

Facultad de Psicología, UNAM

Jurado: Ximena Berecochea y Francisco Kochen

Alegorías / Premio de viñeta

Enrique Puebla Valencia, Artes Visuales

Escuela Nacional de Artes Plásticas, UNAM

Jurado: Carmen Gayón y Alfredo Rivera

La ley

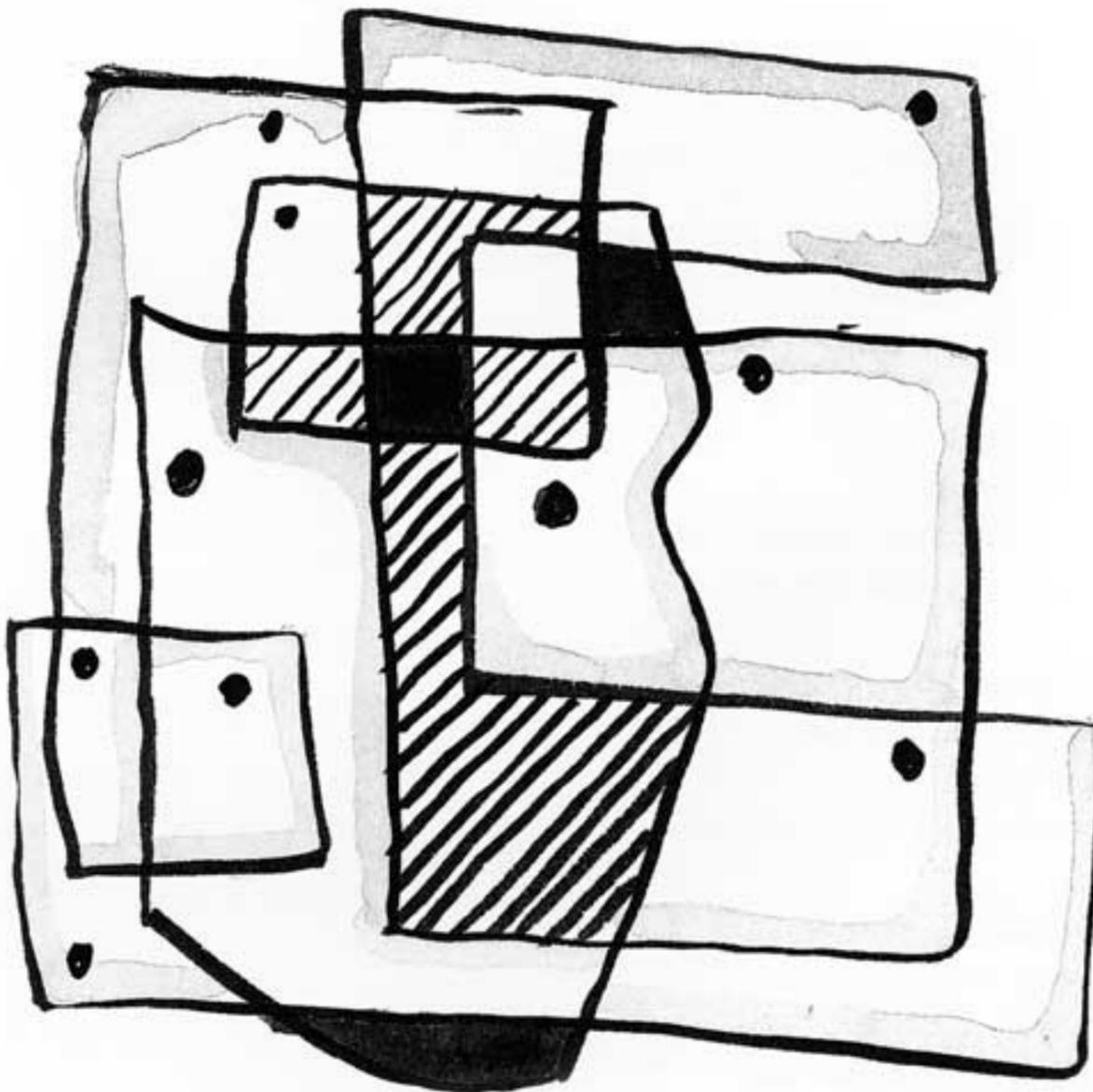
Édgar Omar Avilés Martínez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

Dios se disponía a fulminar a ese hombre que estaba por dispararle al tigre que estaba por saltar sobre el halcón que estaba por clavar su pico en la comadreja que estaba por matar a la culebra que estaba por deglutir a la rata que estaba por cazar a la lagartija que estaba por comerse

a la tarántula que estaba por atenazar a la hormiga que estaba por envenenar al pulgón que estaba por morder la hoja.

Dios se disponía a fulminar a ese hombre pero, lleno de pánico, volteó hacia atrás. ●



Dibujo de David Becerra F.,
Tec de Monterrey, Campus Ciudad de México

Elshiry

Édgar Roberto Mena López

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

*El pájaro no canta
porque tenga una respuesta,
canta
porque tiene una canción.*

proverbio chino

prólogo

DONDE EL MAPA dibuja una respiración de ríos. Allá donde las iglesias se agrietan por los truenos y el tiempo es una lectura de naufragios. Allá donde una canción de nidos es cuaderno de historia. Donde los barcos llegan para pescar lo que no saben de la ausencia. Un lugar donde los pájaros escriben el bosque.

Elshiry es una ciudad sin calles y sin estrellas, en el dormir de sus gallos maduran los recuerdos. Es una ciudad blanca en el lado más lluvioso del dibujo.

En Elshiry los niños tienen el color del agua enferma. Los hombres se alimentan con luciérnagas, cuando el sexo de sus mujeres duerme en espera de los frutos. Cuando los amantes pronuncian el salmo del silencio, un alfabeto de tormentas sueña entre sus labios.

Elshiry es la primera mañana del mundo; es lo que un árbol quiere decirte de Dios.

N. de la E.: Hemos respetado en este texto la partición y las características tipográficas del original.

Acerca de tu ausencia se me ocurre una canción de niebla

Nace un abrazo en la playa de tus hombros
El contagio de trigo con que sueñas
dibuja una palabra que recuerda tu risa

Tus libros prometen felicidad a los barcos
La mañana es un regalo en tus pestañas

Eres un río en la salud de su descanso
Amor mío, este colibrí vuela con tus alas

DÉJAME HABITAR TU lengua con
mi cuerpo
para que tu voz sea mi
silencio.

De la lluvia me dueles en las gotas.

EL ANCIANO NO duerme para empollar en su recuerdo, el huevo de una canción que devuelva la voz a un despertar de alas.

Sabe, por el color de las frutas, que la lluvia es un pájaro y nuestro sueño su morada.

“NO SE GUARDAN versos en la memoria”, decía,
“se construyen ciudades en el alma”.

*De ti hablan
las ventanas
que se abren
hacia un ama-
necer olvida-
do.*

*EN LA INFANCIA de algún lugar guardas el
mapa de los barcos que nacen sin país.*

*Una semilla crece en la edad de tu ca-
bello, así como la mañana en un jardín
de pájaros.*

*Eres el reloj que marca la hora de una
ciudad lejana, la fuente en que se alivian
rebaños dormidos por mil años.*

*Cuando duermes madura un alfabe-
to de relámpagos, y tu sueño dibuja la
guitarra con que cantan los ahogados.*

*Desde una
sepultura que
me sueña,
oigo tu voz
como un con-
suelo de aves*

*COMO SI EL silencio fuese la única posibi-
lidad para dormir, los gatos se muerden
las orejas unos a otros.*

El anciano ríe.

*“El niño estaba antes que la lluvia”,
dice, “abeja en boca de león sin respiro.
Frágil olor en descanso de gotas, que ni
cosa más dulce que el rugido. Paciencia
del agua en vencida roca y pequeña luz
de sol sobre el trigo”.*

*Tanteo escribirte, pero el viejo niño
observa y me dice: “El mejor poema es
quedarse callado”.*

Quiero ser como tú y no entender las palabras pronunciadas por mi cuerpo.

Shrabini Koriyam

“En mi recuerdo hay agua para decir tu nombre, para pronunciar tu piel con mi tristeza; para que el velero dormido en el paisaje ampare en su descanso tus palabras”, dijo él.

“Entregada a su oficio de dibujar tu sombra, mi piel presente de tu ausencia el día y nombra las iglesias de una ciudad que crece en tus brazos. Pero no sé del fruto de tu sueño, de la palabra que nombra tus mañanas, cuando dibujas la tempestad que moja la infancia del rebaño”, dijo ella.

“PRONUNCIA MI CUERPO”, le dije.

“Te pienso como un país de agua. Ciudad blanca en el mapa de mis labios”, respondió.

dranach

Por respeto a quien descansa, guarda en tu silencio el nombre de quien soñó este libro.

AVE OFRECÍA EN sacrificio, dada la hermosura de su olor al ser acariciada por el fuego. Su sangre es apreciada por tipógrafos pues sirve para teñir recuerdos; los artesanos de tumbas la utilizan para mojar las flores que siembran junto a sus muertos.

Cuando las mujeres lavan la risa de sus hijos cantan esta letra:

A los viajeros que caminan los bosques de Elshiry suele enfermarlos la canción de un pájaro; ave cuyo silencio escribe junto al vuelo.

Una vez que la enfermedad se ha guardado en el cuerpo, es posible que el viajero no despierte, pues ha decidido cazar al pájaro en sus sueños.

Dicen los de Elshiry que en las pupilas de quien duerme, es posible leer la partitura de la muerte.

*Hermana de mi
cuerpo, tienes la
edad del rebaño*

ABRAZO DE VERANO

mi aliento reconoce tu caricia de vuelo o río

Recuerdo el nombre de todas tus palomas
pero no los barcos que conociste cuando niña

Me ofreces el vuelo y la ventana
Mi ofrenda será un telar al regreso del invierno

coda

*Tu voz la tengo
guardada en mi
llanto, la voy
olvidando
g g
o o
t t
a a*

EL ANCIANO QUEMA colas de gatos para que la lluvia termine. Sabe que si los gallos fallan, esta noche tendremos que encadenar nuestras camas a los árboles.

—Al tiempo que los gallos canten —me dice—, pida a los dioses sin lengua que protejan nuestros sueños.

Y tiene razón, ayer la lluvia inundó de recuerdos nuestra siembra. El saludo de un relámpago germina en mis cabellos.

El anciano quema los dibujos que hizo el agua en su cuaderno, quema las jaulas de sus pájaros, y ha pensado —como última oportunidad para salvarnos— prenderle fuego a estas palabras.

Crónica *underground*: un viajecito por el inconsciente del Metro de la Ciudad de México

Édgar Adrián Mora Bautista

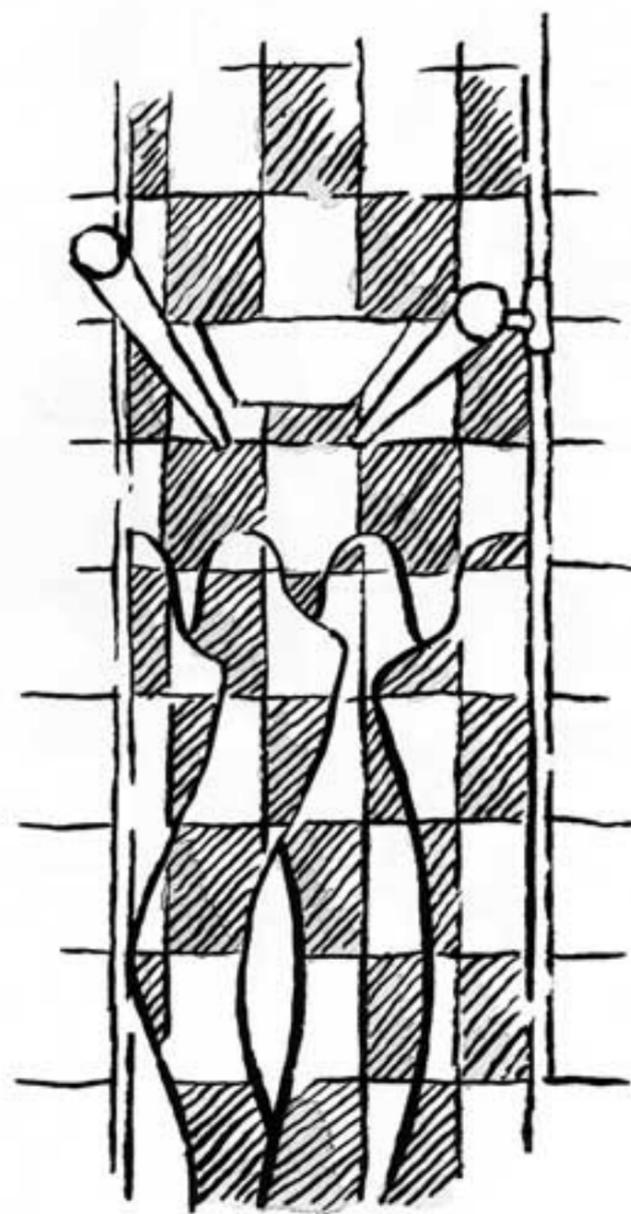
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

*En el Metro, la estructura molecular detiene su imperio universal,
las anatomías se funden como si fuesen esencias espirituales,
y las combinaciones transcorporales se imponen.*

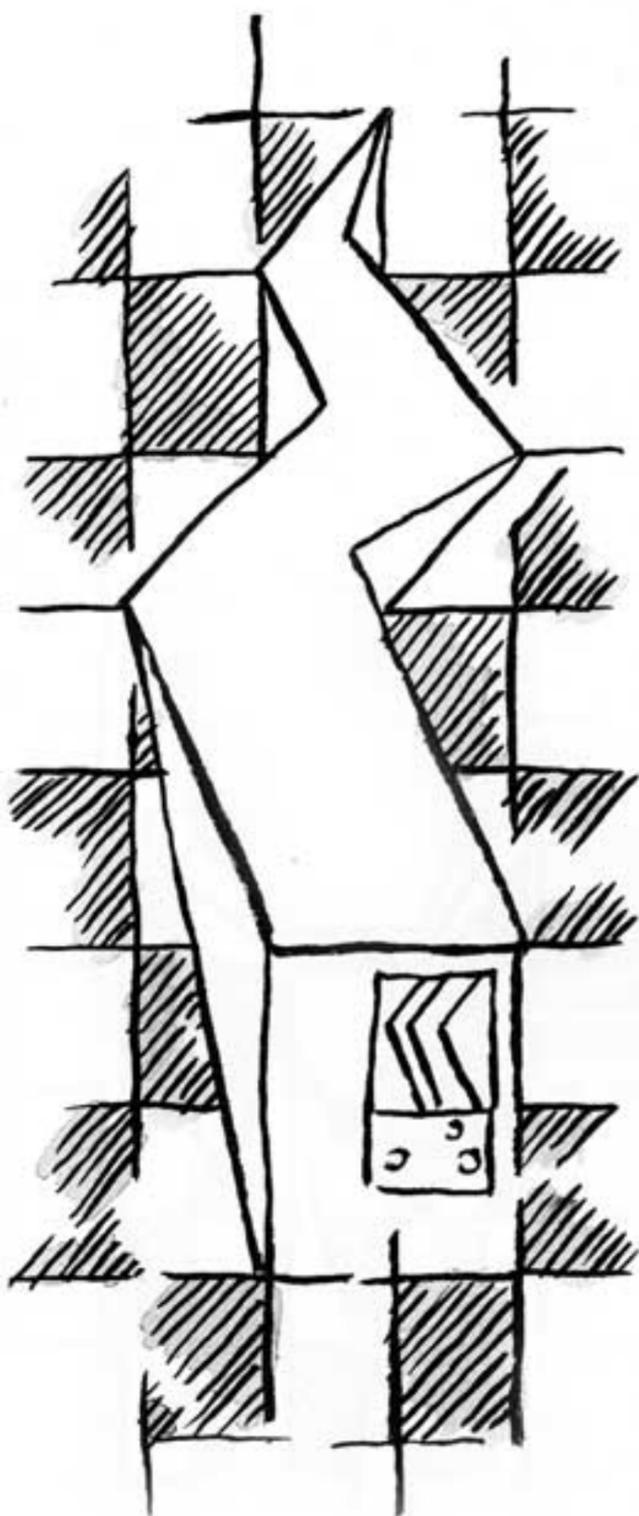
Carlos Monsiváis

Del apretujamiento al danzón involuntario, permita el libre cierre de puertas, ¿por qué no se hará a un lado la gorda ésa de la puerta?, mire, mire, le traemos la oferta, la promoción, solamente Dios, el Salvador, Nuestro Padre, puede ofrecer perdón, salieron de San Isidro procedentes de Tijuana, ya sé que no soy un gran payaso ni un gran cómico pero... ¡ay, viejo cerdo, vaya a manosear a su madre, cabrón!, no puedo hablar ni oír, vendo esto para ayudar a mi familia: \$5.00. Atención pasajeros, próxima estación La Ciudad Tirana, favor de no permanecer en los vagones.

¿De dónde sale tanta gente? ¿Adónde se dirige? ¿Cómo es posible fracturar, tan impune y frecuentemente, las leyes físicas del espacio? Los túneles de la Ciudad de México y sus temporales habitantes demuestran que en cuestiones de espacio vital cualquier rincón, cualquier resquicio es bienvenido en esa vorágine de cuerpos que sin más se dirigen a encontrar el destino. Destino que a lo más se disfraza de rutina, de la infinita caminata hacia Lo Mismo, todos los días, durante todos los tiempos. La rutina del camino hacia el trabajo, hacia la escuela, hacia la cita interminable. Testigo mudo de la desesperación por el desempleo, de la mendicidad como forma de vida, de la música que al confundirse con el ruido se vuelve a sí misma ruido, de los jóvenes en busca de un poquito de oscuridad que ante la inaccesibilidad de un, ya no decente, barato cuarto de hotel se arrancan las entrañas en cada beso, de la secretaria cuidándose el peinado y maquillaje con certeza milimétrica, del abonero con el portafolio lleno de esperanzas y el estómago hecho un mar de bilis. Todos callados, los que van sentados ronronean la ironía de un sueño inexistente, los parados se dejan arrastrar por el movimiento azaroso del tren que pide un poquito de habilidad para sortear las olas del equilibrio, improvisados *surfers* de la cotidianidad.



Dibujos de David Becerra E.,
Tec de Monterrey,
Campus Ciudad de México



El Servicio Metropolitano de Transporte es uno de los elementos sin los cuales la Ciudad de México sería inconcebible. Más allá de otros medios de transporte: los camiones, los trolebuses, los microbuses, los taxis, los mismos autos de uso particular, en realidad, el transporte en esta ciudad es por antonomasia el Metro, el tren subterráneo que recorre la ciudad de punta a punta y que desborda los límites geográficos del Distrito Federal para internarse en el espacio inmarcesible de la mancha urbana. El aumento desproporcionado de la población ha ocasionado que la ciudad crezca a sus anchas, de tal forma, se tiene que encontrar una manera para que los millones de seres que habitan ese caos cotidiano puedan llegar al sitio que les confirma la existencia. La red de trenes del Metro de la Ciudad de México se presenta como la panacea a este problema de movilidad ciudadana por la supervivencia. Movilidad que por otra parte es consecuencia de una ilógica distribución de los centros de actividad económica y de una escasez de alternativas que no permiten ejercer la capacidad de elección. Para alguien que vive a tres horas de su trabajo, el argumento irrefutable es aquel de "mientras haya trabajo, pues aunque sea tan lejos". El Metro entonces se vuelve referencia inmediata de una ciudad que se autofagocita en su propia desesperación, las horas pico son el ritual mediante el cual la ciudad implosiona en sus propias entrañas la masa que de tan irreconocible deviene inconfundible.

La masa es la ciudad, y en la ciudad el Metro es el lugar por excelencia para la reelaboración de esa comunión a fuerzas, del reconocimiento del cuerpo, propio y ajeno, del coctel ineludible de esencias de impensables orígenes, de la incomunicación con el próximo, del coqueteo discretamente cínico, del desmadre grupal, de la lectura del diario que cada vez figura más la descripción de una realidad inmóvil, de la necesidad de reconocerse como igual a esos seres que viajan cómodamente sentados en vagones anaranjados, de la inevitabilidad de escuchar a artistas animados por la necesidad o los amigos, de merolicos con argumentos aprendidos de memoria, del olor de chocolates de contrabando de a dos por cinco, del espectáculo de la miseria tratándole de limpiar los zapatos al oficinista agotado y con mil deudas encima, de los faquires olorosos a chemo al revolcarse febrilmente sobre una cama de vidrios verdaderos, del campesino al que le fueron arrebatadas sus tierras en la sierra de un lejano pueblo y ya se acostumbró, durante años, a pedir le ayuden a juntar para el pasaje de su eternamente postergado retorno, del travesti que esquiva todas las miradas y se mira a sí mismo irresistible, de la multitud que se reconoce como algo inevitable.

Estampas rojas y amarillas para una ciudad un poco triste

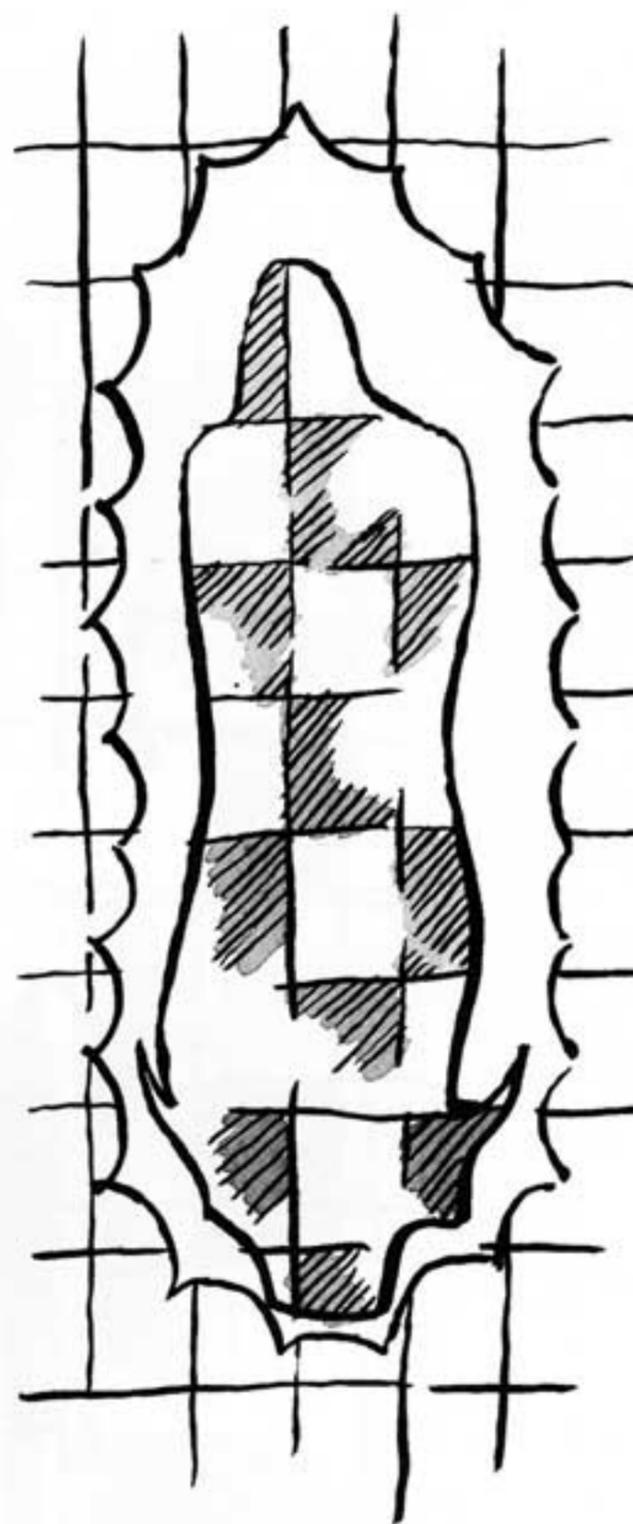
La virgen se apareció en el Metro. Verdá de Dios. De repente y sin aviso de por medio, la santa virgencita de Guadalupe, patrona y madre de todos los mexicanos se apareció en uno de los andenes de la estación Hidalgo de la línea dos, la azulita. Hasta allá fuimos a ver si era cierto tal portento, uno nunca ha sido creyente, pero si le dijera que en cuanto vi la silueta en la pared sentí algo rebonito, como si dentro de mí se hubiera prendido una lucecita. Había un mon-

tonal de gente, hasta parecía que estaban regalando algo, las filas eran bien grandotas y el andén estaba llenísimo. Ya ni me acuerdo cómo logré colarme hasta mero enfrente y allí fue donde la vi. Tan rechula la virgen, ya tenía unas veladoras ahí en sus pies. A ver si no se enoja. Las autoridades van a sacar el bloque de la aparición para que no interrumpa el servicio. Pero si la virgen se apareció en los andenes debió ser por algo ¿no cree? Pero de que es la virgen, es la virgen. Yo ese día, después de verla, nomás me persigné y me fui a buscar trabajo.

Son famosos, ya los conocen dondequiera. De oído y por referencias. Trabajan en la línea dos y en la de la Universidad. Como si de repente entráramos en el túnel del tiempo, los acordes de "Yellow submarine", "Lady Madonna", "She said, she said", "All you need is love", "Love you to", retumban en los oídos de los viajeros. El cuarteto de Liverpool reducido a tres tipos que con las guitarras bien templadas y las voces amaestradas por la costumbre ya no sólo entonan las canciones de los Chidos, Maestrazos Beatles, ahora también venden un cassette. Para los nostálgicos de a de veras. *She loves you* carnalito y por ahí con lo que gusten cooperar. Los viajeros escuchan con atención, su presencia es un asalto a la monotonía, una alegría momentánea. No importa que los greñuditos estos no sean tan guapos como John, Paul, George y Ringo, cantan con harto sentimiento. Hasta pronuncian decentemente. En fin la canción de despedida, "Yesterday", y hasta ahí llega el tour sesentero. Hasta ahí llega la finta a la realidad. Los músicos salen del vagón. Algunos dejan asomar discretamente una sonrisa. En el vagón (submarino) amarillo de al lado algo extraño sucede.

Evidentemente es un gay, un maricón, un pinche puto. ¿Qué no les dará vergüenza andar así por la calle? Ya ni la chingan, qué bueno que mi papá se murió antes de ver estas mamadas. ¿Qué chingados está diciendo? Que pide ayuda para una casa de asistencia a seropositivos. Puta madre aparte de maricón, sidoso. Que lo ayude su chingada madre. Si andan por ahí de puercos desnaturalizados que se atengan a las consecuencias. Bonito me voy a ver yo dándole del dinero que tanto me cuesta. Si quiere algo que trabaje. Pobrecitos de sus padres, aunque de seguro también tienen algo de culpa de que estos hayan terminado donde están. Si no fuera porque no me gusta hacer el ridículo, ahorita mismo les cantaba sus verdades. Ya se van, mejor porque me ponen muy nervioso, qué tal que estornudan o algo y me contagio de la enfermedad esa. Mejor me cambio de vagón, o ya de plano espero el próximo tren. Yo no entiendo por qué no los matarán a todos.

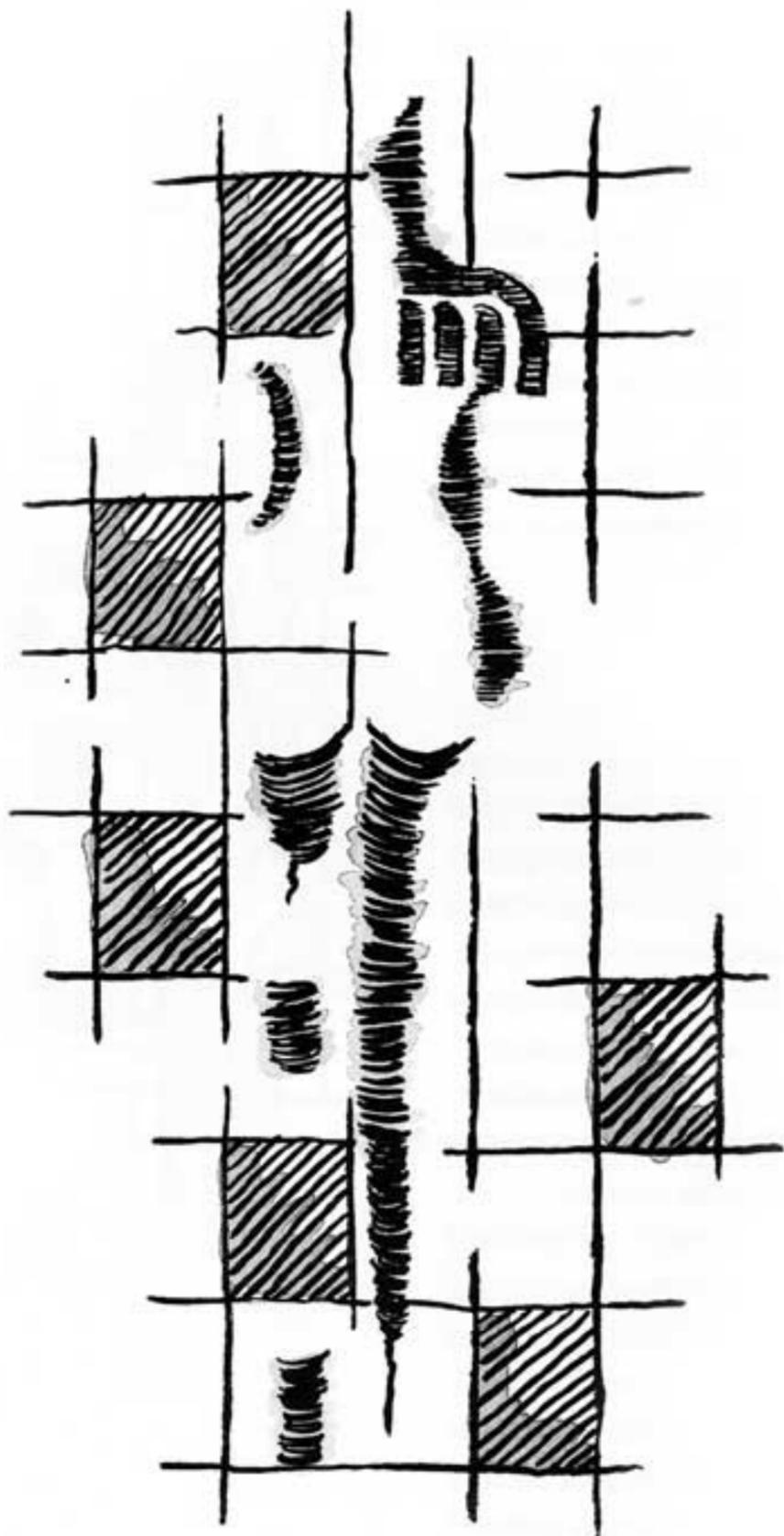
Le hubiera hecho caso a mi mamá, me hubiera venido de pantalones a la cita de trabajo. Pero es que esta falda me queda requetebien. Si no fuera por todos estos viejos cerdos seguro que me la pondría más seguido. Ese pelón de enfrente no deja de mirarme desde hace rato, ya le hice de muecas y me tapé con el suéter y ni así deja de estar moliendo. Qué bueno que me subo desde la primera estación, que si viniera parada ya quién sabe cuántas torteadas me hubieran puesto.



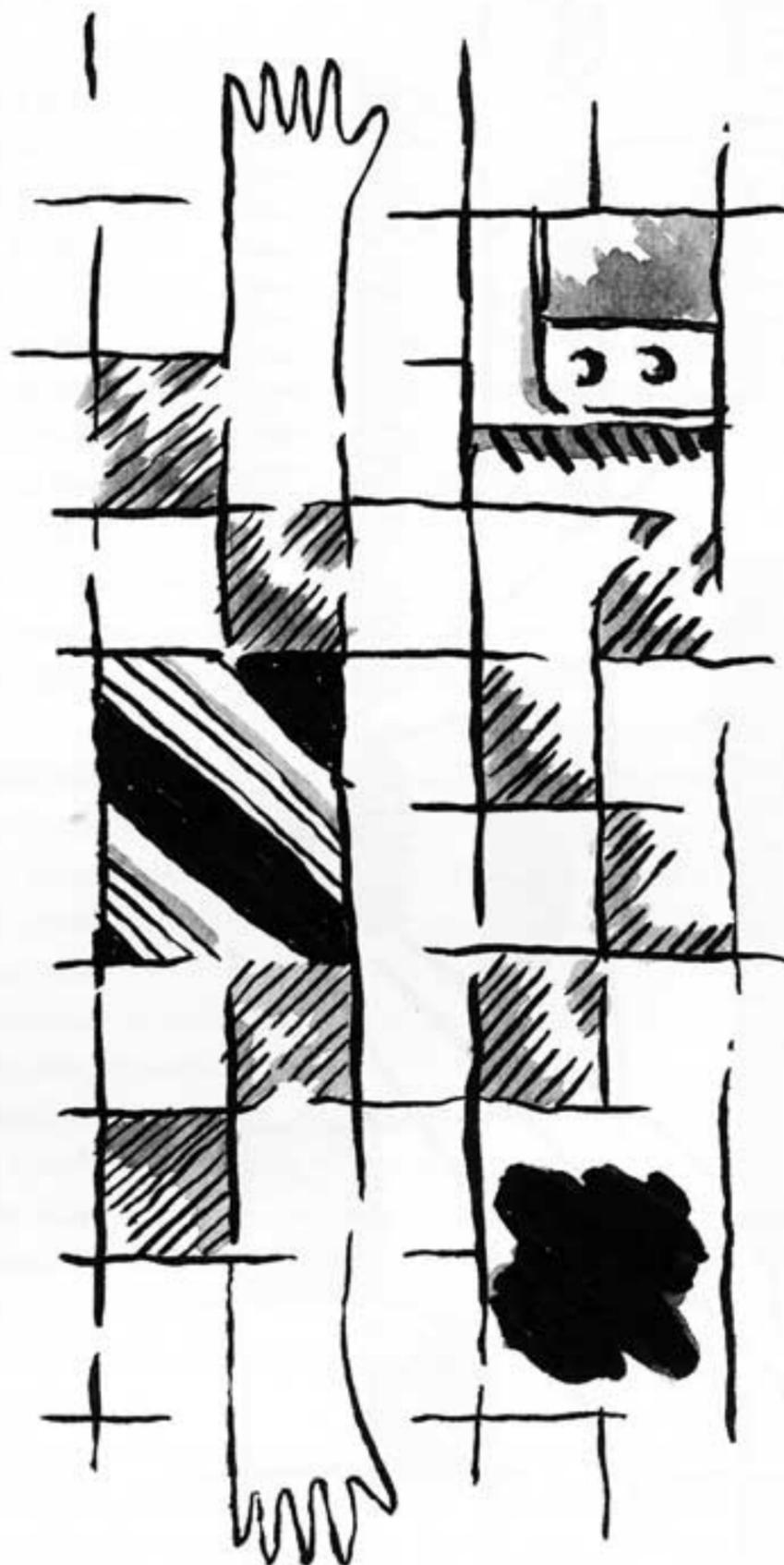
Es lo malo de cuidarse para no estar tan fodonga. Lo que sea yo me hago mis ejercicios y de vez en cuando tomo fuerzas para seguir las dietas que si no, estaría más gorda que una ballena, con eso de que todas las mujeres en la familia de mi mamá son gorditas. Pero yo no, no señor, si aunque no lo quiera aceptar muchas veces me dan los trabajos nada más por la percha. Ya mero que si estuviera como la tía Eduviges me darían empleo, si la pobre ya no puede ni subir escaleras. Por eso yo me cuido. Quién quita y mi jefe, el que ahorita me va a entrevistar, sea guapo y decente. No como todos los anteriores que sin decir nada, con los ojos le arrancan a una hasta las pantaletas. Ay, ese maldito pelón

que no deja de mirarme. Ganas me dan de hacerle una grosería pero ¿para qué? Capaz que me sigue y me quiere hacer algo y con lo zacatona que es la gente para defenderla a una, prefieren pasarse de largo y hacerse los desentendidos. Y los policías, ay no, no. Si todos son iguales, por eso ni novio tengo, como dice mi mamá: "Los hombres son como los perros, nada más se echan su miada y se van". Por eso yo no me voy a casar. A ver, voy a acomodar mi currículum así bien bonito, no de balde hasta lo pasé a engargolar. Aquí están las fotos y las cartas de recomendación. ¿Y la dirección? ¡Chin, la dejé sobre la mesa de la cocina! ¿Y ahora qué hago? Ni modo que me regrese. Pues ya ni modo, eso me pasa por andar pensando puras pendejadas.

Aquí estoy, observando pasar la vida mientras ésta me ignora olímpicamente. La vida es una mierda. No entiendo por qué la gente se esfuerza en "vivir la vida de la mejor manera". Como si realmente valiera la pena. No entiendo cómo se pudieron juntar todas las cosas malas que le pueden pasar a un joven cualquiera y tomarme a mí como conejillo de indias. Todo ha pasado tan rápidamente que no atino a comprender si realmente esto que me pasa es cierto o sólo es parte de una macabra pesadilla. ¿Realmente existo o soy solamente un personaje patético en una historia fantástica? Y véanme, aquí estoy. No sé cómo pude llegar a este punto. Tal vez fue después de haber terminado la escuela. En ese momento en que mis padres me exigieron que buscara un trabajo, que ya estaba suave de estar de pinche holgazán tirado en el sofá de la sala viendo la televisión. Que me volviera una "persona pro-



ductiva". Y ahí va el ingenuo a buscar trabajo. Mi padre me recomendó con uno de sus compadres para que me diera el empleo. Y me lo dio. Lo que le cagó al rucu fue que resultara más inteligente y capaz que él mismo, a pesar de restregarme en la jeta cada que podía eso de "su gran experiencia". Cuando empecé a poner en evidencia lo idiota que era me comenzó a presionar hasta que consiguió lo que buscaba: que pidiera mi renuncia. El sermón de mi padre fue lo peor: "Acaso crees que vas a encontrar trabajo así como así, eres un inconsciente, tú crees que las relaciones laborales son para echar desmadre, ni creas que te vuelvo a ayudar, etcétera, etcétera, etcétera". Luego vino lo de Teresa. Yo la quería un resto. Era la única mujer por la que realmente podía decir que sentía algo en este mundo. La amaba, por qué no decirlo. ¿Y qué pasó? Pues que bastó que se fuera de excursión con sus amiguitos del club para que regresara con la novedad de que había encontrado al amor de su vida. Que lamentaba lastimarme pero que no podía seguir engañándome con respecto de sus sentimientos. No mames. Pero ahí no acaba la cosa. Ayer mis padres me descubrieron fumando mariguana en mi cuarto. No entiendo. ¿Por qué los adultos se encabronan tanto cuando "invades su espacio", pero tienen acceso directo a toda tu intimidad? Pues total que después de lo del trabajo mi padre andaba que se lo llevaba la chingada conmigo y me corrió de la casa. ¿Mi madre? Ella no dijo nada, ni siquiera cuando traté de agarrar algunas de mis cosas y mi padre dijo que sólo tomara lo que considerara que era mío, o sea nada, total que me salí sólo con lo que llevaba puesto en ese momento, que no es mío pero que pienso regresar en unos minutos. Al menos logré sacar mi *walkman*. La música es una de las cosas que valen la pena de la vida. Creo que la única. Lo sé ahora que escucho esta canción ("Lo puedo ver y pienso que mi miedo es cierto"¹). Todos me hacen sentir como una basura y lo malo del asunto es que yo mismo empiezo a creerlo. ("Miedo de tomar la vida/ olvido que puede salvarme/ vivir sin miedo a la angustia/ vivir sin miedo a la locura"). Por eso estoy aquí viendo pasar a los fantasmas en que se han convertido todos los habi-



¹Fragmentos de la canción "Miedo" de Santa Sabina, Símbolos, México, BMG, 1994.

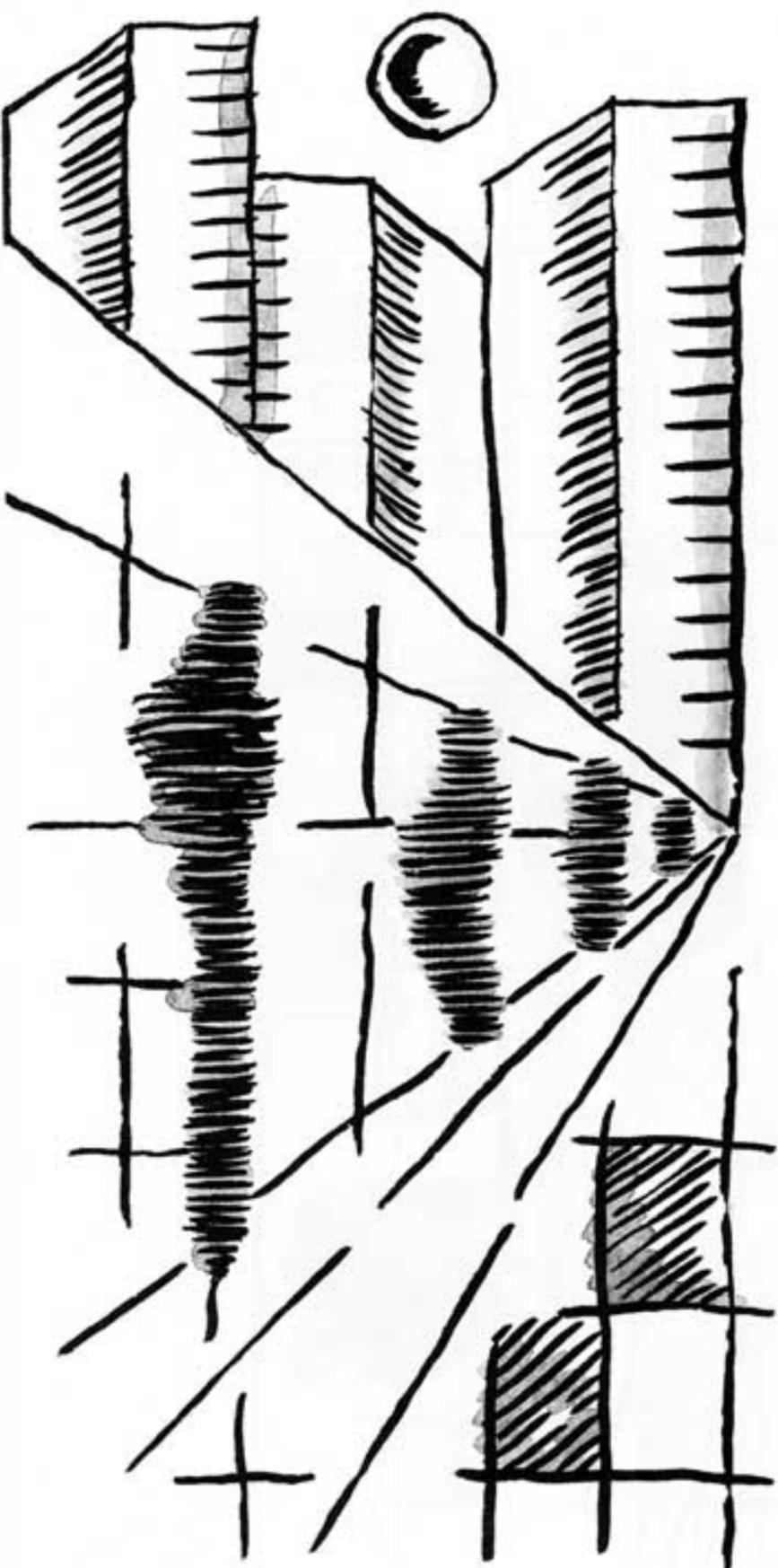
tantes de esta ciudad, autómatas que corren presurosos a tomar el próximo tren con el deseo de que los vomite a las calles y a la rutina. (“Cómo puedo alimentar mi ser/ Siento que todo va a acabar/ pero el tiempo puede desmentir/ cada cosa que puedo pensar”). Lo único que realmente me molesta de todo esto es ese letrero al fondo del andén: “Dale otra oportunidad a la vida”. Como si una llamada telefónica fuera el cordón para lanzar al drenaje toda esa mierda que se llama sociedad. La gente ha dejado de existir. Todo se ha vuelto mierda. (“Trato de entender la vida/ pero hay algo que me impide continuar en este

absurdo”). Allá viene el tren, el gusanito anaranjado ha mostrado ya sus luminosos ojos. Sólo quiero pedirles un favor: después de lo que voy a hacer, métanse los minutos de silencio por el culo. (“Esta angustia que me impide estar/ sólo siento que me va a matar/ si supieras cómo puedo amar...”).

La gente muestra signos de malestar en el rostro pero nadie se atreve a externar sus sentimientos. Llegarán tarde al trabajo, a la cita, a la escuela. El tren se ha parado a la mitad del camino y una tonada flamenca suena por los altavoces. Nadie dice nada porque la muerte aún es una cosa respetada. Ni siquiera la prisa puede vencerla. Los socorristas sacan los restos del incidente. Una chamarra de mezclilla ensangrentada, más allá un reloj digital, acá un tocacintas que extrañamente no ha dejado de tocar. Al fin aparece el cuerpo, una cara de alguien que no rebasa los veintidós años de edad. En sus ojos se asoma temerosa una lágrima. Un socorrista encuentra un papel arrugado en uno de los bolsillos de la chamarra: “No se culpe a nadie de mi muerte”.

Ep-ilógico

En el mismo lugar en el que habitan el deseo y la desesperación, la burla y el arrepentimiento, la prisa y el alucine, la soledad y la muerte. La ciudad se despierta en los vagones, se duerme en los vagones, la ciudad transita por los túneles y vías, la historia de la vida está encerrada en las paredes de concreto. La realidad está afuera y es la misma de siempre. A los demás no les importan las historias tristes, ni las alegres, ni las demás. Vivimos tan deprisa que nos hemos acostumbrado a no ver nada entre estación y estación. Afuera el cielo gris se acostumbra a nosotros. Miramos con nostalgia el sitio donde deberían verse los volcanes, los guardianes del lago de asfalto. La ciudad afuera del Metro nos espera, ya tendremos tiempo para regresar a perdernos en sus entrañas, a soñar los imposibles que nos torturan, a intentar las osadías que ni sobrios. Mientras, el viaje ha llegado a su fin. Pasajeros de Caóspolis, favor de no permanecer en los carros, este tren terminó su servicio. **P**



Huye de Z. Huye

María Carolina Rivas Domínguez

CENTRO UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS CINEMATOGRAFICOS, UNAM

OBRA EN UN ACTO

PERSONAJES

S. EL FUGITIVO

N. EL VIGILANTE

Ambos son hombres de raza indefinida.

ACTO ÚNICO

Zona atravesada por un muro; hacia un lado, un árbol; hacia el otro, piezas quemadas de un coche que yacen sueltas en el suelo. Durante toda la obra deberá escucharse sonido de tráfico que está detenido, así como las sirenas de muchas ambulancias también detenidas en medio del tráfico.

Noche

S. fatigado está trepado en el muro, se esfuerza por subir. Se detiene, jadea, vuelve a intentarlo, resbala, vacila un instante y cae estrepitosamente. Lanza un grito terrible. N. está del lado contrario, cerca del árbol, se aproxima al muro interrogante, empuña un rifle.

N.: (*Amenazante.*) ¡No se mueva!

S.: (*Que no ha escuchado, se incorpora adolorido y da unos pasitos hacia el muro.*) ¡Maldito muro! ¡Malditos mis pies! ¡Maldito mi cansancio! (*Vuelve a intentarlo. Repite las frases una y otra vez, hasta llegar al balbuceo.*)

N.: (*Más alto.*) ¡Deténgase!

S.: (*Calla, permanece inmóvil un momento, descien-*

de lentamente. Con la mirada recorre el muro en todas direcciones.) ¿Qué? ¿Alguien me habló? (*Silencio. Vuelve a subir.*)

N.: (*Ofendido, dispara hacia el aire.*) ¡Dile que se detenga!

S.: (*Se detiene, mira hacia el cielo. Reflexiona.*) ¿Una bala parlante? (*Desciende lentamente.*) ¿Una bala que da ordenes? (*Se queda inmóvil, mira hacia el cielo.*) Oye tú... señora bala... ya me detuve. (*Silencio.*) ¿Ahora qué debo hacer?

N.: (*Enojado.*) ¡Quédese ahí!

S.: (*Imperioso.*) No, imposible señora bala, necesito cruzar, me urge cruzar... ¿Entiende señora bala?

N.: ¡Métase a la señora por donde mejor le quepa! ¡No lo voy a dejar cruzar... ¿Entiende señora bala?

S.: (*Mira el muro furioso, le da un violento puntapié, cae una piedra, la recoge y la arroja hacia el cielo, cae del otro lado.*) ¡Debo cruzar, señora bala!

N.: ¡Me importa un carajo, señor piedra! ¡Aquí no pasa!

S.: (*Vuelve a trepar.*) Voy a cruzar, señora bala, y no me importa.

N.: Señor piedra, he dicho que aquí no pasa, (*con énfasis*) eso debería importarle.

S.: Voy a cruzar y no me importa.

N.: (*Casi dulcemente.*) Le va a importar. Estoy seguro.

S.: ¿Por qué?

N.: (*Tajante.*) Porque si cruza lo mato.

Silencio. Permanecen inmóviles un momento. S. desciende rápidamente, da unos pasitos indecisos y luego se aleja del muro, reflexivo. Se detiene un momento.



Dibujos de Roberto Hernández Aranda, ENAP

Regresa sobre sus pasos, a medida que se acerca avanza más rígido, severo. Cada uno de sus pasos deja una estela de tierra. Susurra algo para sí. Se detiene. Su voz se vuelve ronca, seca, grave, gravísima.

S.: (*Autoritario.*) Me he encontrado a este pobre hombre. ¿Quién no le permite pasar?

N.: (*Desconcertado.*) Yo, señor.

S.: ¿Quién?

N.: (*Tímido.*) Yo...

S.: ¡Grite como hombre!

N.: (*Más alto.*) Yo señor, fui yo.

S.: ¡Ah, usted! Lo sabía. (*Pausa.*) Sabía que era usted.

N.: (*Ansioso.*) ¿Lo sabe? (*Duda.*) ¿Quién soy?

S.: Lo sé y con eso basta. (*Pausa.*) Ahora dígame ¿cuál es su deber?

N.: (*Igual de ansioso.*) No sé, señor...

S.: Recibir órdenes y obedecer.

N.: (*Abatido.*) Eso hago siempre, señor... (*Para sí.*) Pensé que tenía otro deber.

S.: No parece hacerlo.

N.: Señor, parece que no me conoce.

S.: (*Suspicaz.*) Creo que no ha comprendido. Lo estoy poniendo a prueba.

N.: ¿Duda de mí?

S.: (*Categorico.*) Sí.

N.: ¿Qué debo hacer para convencerlo?

S.: Deje pasar a este hombre.

N.: No, no puedo.

S.: ¿Por qué?

N.: He recibido órdenes.

S.: ¿De quién?... El único que da órdenes soy yo. No te confundas.

N.: ¿Y quién es usted?

S.: (*Se yergue orgullosamente.*) Yo soy uno de los más distinguidos y honorables hombres de raza superior.

N.: (*Meditabundo.*) ¿Ah, sí? ¿Pero qué hace del otro lado con los de raza inferior?

S.: (*Ofendido.*) Imbécil. ¿No lo sabes?

N.: (*Confundido.*) No lo recuerdo, discúlpeme.

S.: (*Cada vez más dueño de la situación.*) ¿Qué salvajada estás diciendo! Eres un retrasado ¿o qué?

(*Sagaz.*) Me haces dudar... sólo un hombre de

raza inferior podría perder la memoria... ahora

entiendo... tú eres uno de ellos... Sí, eres un hom-

bre de raza inferior. Eso es. Pero ¿cómo es que

estás de aquel lado? ¿Qué hiciste para cruzar?

Y... ¿por qué? ¿Para qué? ¿Cuáles fueron tus mo-

tivos? (*Pausa.*) Claro, te comprendo... cruzaste

al otro lado porque estás huyendo... ¿verdad?

Huyes... porque no hay otra salida. Pero ¿de qué

o de quién huyes? De... todo. ¿Cierto? Eso es, pe-

ro ¿cómo lograste cruzar? Fue... ¿clandestina-

mente? ¿Hiciste algún trabajo sucio? ¿Transaste

o diste alguna mordida? Te disfrazaste... Sí...

sólo un hombre como tú podría hacer eso... eres

un estafador, un cobarde, criminal, prófugo de la

justicia. Te delataré.

N.: (*Asustado.*) No. Por favor. No haga eso. No pien-

se mal. Ahora precisamente lo recuerdo todo en

detalle. (*Piensa.*) Sé quién es usted y por qué es-

tá ahí. Perdóneme por favor, perdone mi cabeza

torpe. (*Lastimeramente.*) Usted sabe, "jefe", yo

nunca duermo, nunca reposo... mi memoria está

cansada. (*Afectuoso.*) Lo extrañé... ¡Qué suerte

volver a encontrarlo!

S.: (*Pausa. Aliviado.*) Que no vuelva a repetirse. ¿Es-

cuchó bien? No quiero volver a dudar de usted.

Así que, por favor, no interrumpa mi labor altruista. Este pobre amigo está muy desesperado. Déjelo pasar. ¡Obedezca!

N.: De acuerdo, jefe... pero, eh, yo...

S.: Me voy...

N.: ¿La recompensa...? ¿Sigue siendo la misma?

S.: (*Duda.*) Sabe que sí. Actúe ya.

N.: Recuerde... el anticipo.

S.: ¿Anticipo?... dinero... mujeres... un puesto... Yo te prometo que...

N.: (*Interrumpe excitado.*) Sí, exactamente, eso es lo que quiero, una promesa.

S.: (*Impaciente.*) Dígala ya, sin rodeos. Yo sabré si la merece.

N.: Sólo prométame que la va a cumplir, ése es el anticipo.

S.: (*Ríe.*) ¿Eso es todo? ¿Prometer cumplir? (*Pausa.*) Acepto, sin reserva alguna. (*Transición.*) Bueno, ya tiene mi promesa. (*Amenazante.*) Ahora cumpla usted primero.

N.: Jefe, una cosa más: Quiero preguntarle a su pobre amigo si es fuerte, tenaz y valiente.

S.: ¿Para qué?

N.: Para saber si logrará pasar. Usted conoce el muro, jefe. Es monstruosamente alto y peligroso.

S.: (*Su voz vuelve a ser normal, con tono amable.*) No

se preocupe, gentil hombre. He pasado por cosas peores. El muro es una simple pared. Una estúpida pared grandota y parásita. (*Pausa.*) Lo que importa es que usted, por fin, me va a dejar pasar.

N.: Sí, sí, no voy a impedirselo. Puede empezar.

S.: (*Jubiloso.*) ¿Ya?

N.: Sí. Adelante.

S.: Gracias, no sabe cuánto se lo agradezco.

N.: No me lo agradezca a mí, sino a mi jefe.

S.: (*Duda, permanece en silencio, toma aire, luego su voz se torna nuevamente ronca, grave, gravísima.*) Es mi deber. No tiene por qué agradecerme.

N.: (*Reflexivo.*) Lo sé, jefe, y estoy contento de haberlo encontrado otra vez. (*Permanecen inmóviles un momento. Luego S. se precipita al muro y comienza a treparlo.*) Jefe... jefe... ahora le falta cumplir su promesa. (*S. finge no escuchar, y continúa afanado en el muro.*) Jefe... ¿Me escucha? (*S. no responde. N. con creciente nerviosismo.*) Jefe... ¿Sigue ahí verdad? (*Pausa.*) Respóndame, por favor (*S. no responde. N. comienza a enojarse.*) ¿Jefe? ¿Dónde está? Le estoy hablando. No escucha. (*Gritando.*) ¿Dónde demonios está?

S.: (*Se detiene exhausto. Permanece en silencio. Toma aire. Su voz se torna ronca, seca, grave, gravísima; la dirige hacia el suelo.*) Aquí. No me he movido.



- Pero ya me voy. (*Intentando ser amable.*) Me dio mucho gusto volverlo a encontrar ¿eh? Adiós.
- N.: (*Aliviado.*) ¡Ah, qué bueno que no se ha ido! Pero no, no puede irse. Es imposible, jefe. Tiene que quedarse ahí.
- S.: (*Fríamente.*) Debo irme... ya lo sabe. Adiós.
- N.: Jefe, tiene una promesa.
- S.: (*Atónito.*) Ya la hice ¿no? Ahora me voy. (*Pausa.*) Ya no tengo tiempo. (*Continúa trepando. Mira hacia el final del muro: hay una gran distancia, suspira.*)
- N.: (*Desconcertado.*) Jefe... eso era sólo el anticipo, ahora hay que cumplir... (*Suspicaz.*) ¿Ya lo olvidó?... Usted siempre cumple.
- S.: (*Con creciente nerviosismo, su voz comienza a debilitarse.*) Está bien, lo que tenga que cumplir dígame ya. Estoy a punto de partir. (*Se impulsa hacia arriba con gran esfuerzo.*)
- N.: Escuche bien, jefe, usted debe permanecer ahí hasta que su amigo cruce. Cuando él caiga hacia este lado, le diré exactamente lo que debe hacer. Así que usted tendrá que permanecer ahí hasta que yo le diga. Jefe, es muy sencillo: el pase de su amigo, a cambio de que usted permanezca del otro lado... sólo por un momento. (*Sentencioso.*) Jefe, si usted no se queda de aquel lado, su amigo caerá muerto. (*S. cae desmayado.*) ¡Pobre amigo! (*Para sí.*) ¿Está bien? ¿Se lastimó?
- S.: (*Despierta de súbito.*) ¡Maldito sea el muro! ¡Maldita sea mi cabeza! ¡Y maldito mi susto! (*Repite las frases incesantemente hasta que llega al balbuceo.*)
- N.: (*Autoritario.*) ¡Levántese y vuelva a intentarlo!
- S.: (*Harto.*) Estoy cansado. Renuncio. (*Se incorpora y da un paso.*)
- N.: Tiene que hacerlo.
- S.: No puedo.
- N.: ¡Se lo exijo!
- S.: Imposible.
- N.: ¿Le faltan... fuerzas o qué?
- S.: Sí, pero no a mí.
- N.: ¿Qué dice?
- S.: Le falta fuerza y vida a él, no a mí.
- N.: (*Desconcertado.*) ¡Sea claro!
- S.: (*Con dolor.*) Quien ha caído no he sido yo, sino su jefe y... ¡está muerto!
- N.: (*Estupefacto.*) Imposible... mi jefe... ¿muerto? (*Lastimeramente.*) Y sin haber cumplido su promesa, su misión...
- S.: Seguro fue un infarto.
- N.: Sí, sufría de corazón pequeño. (*Pausa.*) Es una lástima, tenía una misión importante que cumplir... por favor, se lo suplico... entierrelo. (*Movimiento interno.*) Fue un hombre honorable, especial, que merece una digna sepultura (*enfático*) para que descanse en paz.
- S.: (*Sonríe malicioso.*) Así sea.
- Silencio. S. recorre la muralla pensativo, avanza cojeando en varias direcciones. Va y regresa sobre sus pasos, hasta que deja de cojear. N. agudiza el oído.*
- N.: ¿Qué hace?
- S.: Lo estoy enterrando.
- N.: No escucho que lo haga. (*S. va y viene de un lado a otro.*) No escucho que cave. (*S. no responde.*) ¿Por qué demonios no empieza a cavarle su tumba?
- S.: (*Desconcertado.*) ¿Cómo? ¿Tumba? ¿Para qué? ¿Por qué?
- N.: (*Enojado.*) Merece una digna sepultura. Y usted se la tiene que dar.
- S.: (*Rompe a reír.*) Le tengo una buena noticia.
- N.: ¿Revivió?
- S.: No... Para qué cavar la tumba de un hombre que no existe. (*Categorico.*) Al que usted llama su jefe, fue un invento mío. Sólo cambiaba mi voz (*modifica su voz simulando ser su jefe*) para que tú me obedecieras (*regresa a su voz*) ¿te das cuenta?
- N.: ¿Me engañaste?
- S.: (*Se detiene.*) ¡No! Usted quiso imaginarlo así.
- N.: (*Tras reflexionar estalla iracundo.*) ¡Basta! Dime la verdad. ¿Quién eres?
- S.: ¿Y para qué?
- N.: ¿Necesito saberlo?
- S.: Eso no importa. (*Pausa.*) Uno sólo debe preocuparse en conseguir dinero y ya. Lo demás no im-

porta. *(Pausa.)* Uno vive al día y ya, o acaso yo te pregunto tonterías como: ¿Por qué estas ahí? ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? ¿Por qué me impides pasar? *(Reflexiona.)* ¿Por qué?

N.: Yo no te impido pasar. Puedes pasar, pero si llegas a cruzar de este lado te mato. Eso es todo. Ése es mi trabajo.

S.: ¡Ah! ¡Ése es tu trabajo! Pues ¿quién eres?

N.: *(Nervioso.)* No sé, no sé nada.

S.: *(Burlón.)* ¿No sabes quién eres?

N.: No sé. Dime tú.

S.: ¿Qué?

N.: *(Más alto.)* ¿Quién eres?

S.: *(Con voz débil.)* ¿Yo? Soy un humano.

N.: *(Lanza una carcajada.)* Eso lo es cualquiera. *(Sagaz.)* No me has respondido. ¿Quién eres?

S.: *(Pausa. Toma aire. Levanta la voz desafiante.)* Soy quien quieres que sea.

N.: Un imbécil.

S.: ¡Oh!, ¿yo? *(Pausa.)* Bueno... por lo menos soy alguien. Temí que ibas a decir "Nadie".

N.: *(Ofendido.)* Lo has visto... Gracias a mí eres alguien. *(Pausa.)* Ahora a ti te toca hacer algo por mí, "imbécil".

S.: Si me dejas cruzar, tal vez.

N.: Te dejaré, si haces lo que yo te ordene. *(S. no responde.)* ¿Qué opinas? *(S. no responde.)* Oye, tú... humano, imbécil, ... o como te llames, ¡te estoy hablando!

S.: *(Se vuelve bruscamente.)* Llámame S..

N.: *(Fingiendo interesarle.)* ¿Sí? ¿Sin más?

S.: Sí, S., así llámame.

N.: *(Impaciente.)* Bueno S., te propuse algo, deberías aceptar.

S.: No me gusta, suena como al trato que le propuse a "su jefe".

N.: Di que sí, y ya verás.

S.: *(Huidizo.)* ¿Y tú como te llamas?

N.: N..

S.: ¿N.? ¿Sin más?

N.: Sin más, sin más ¿Qué dices del trato, eh? Sólo así te dejaré pasar.

S.: *(Curioso.)* N.... ¿Por qué N.?

N.: *(Pausa. Buscando darle una respuesta.)* Y tú ¿por qué S.?

S.: Por Samuel.

N.: *(Duda.)* Yo... por Noé.

S.: *(Irónico.)* S. también por Simón.

N.: *(Sigue el juego de S.)* N. también de Nicolás.

S.: Y por S. de Salomón.

N.: *(Divertido.)* Y por N. de Nicanor...

S.: *(Se yergue orgulloso, enfatizando la S.)* Por S-ócrates.



N.: (*Ríe enfatizando la N.*) Por N-ietsche.
 S.: S. también por S-hakespeare, S-arte y S-ísifo.
 N.: N. También por Newton, Napoleón, Narciso y Nazismo...
 S.: (*Con rapidez.*) Por Sabio, Soñador, Sobreviviente, Suicida...
 N.: (*Con mayor rapidez.*) Por Natural, Nuevo, Necesario, Necio.
 S.: (*Con vivacidad.*) Sur.
 N.: (*Secamente.*) Norte... Noche.
 S.: Sol.
 N.: Nada, Negación, Nunca.
 S.: Sí, Siempre.
 N.: No.
 S.: Soy.
 N.: Nadie.
 S.: San. S., o sea, un Santo.
 N.: (*Lanza una carcajada.*) O sea, Satán ¿no?

Silencio.

S.: (*Reflexivo.*) ¿No me crees Santo?
 N.: (*Riendo.*) Por eso.
 S.: ¿Por qué?
 N.: Porque para ser Santo hay que ser Satán.

Interrumpe el ruido de un aleteo. S. mira hacia el cielo. Crece el aleteo. N. levanta la mirada. Un enorme gallo blanco vuela vertiginoso arriba del muro. Se para en el borde. Descansa sus grandes alas de lado a lado. Picotea el muro. N. baja la mirada sin darle importancia.

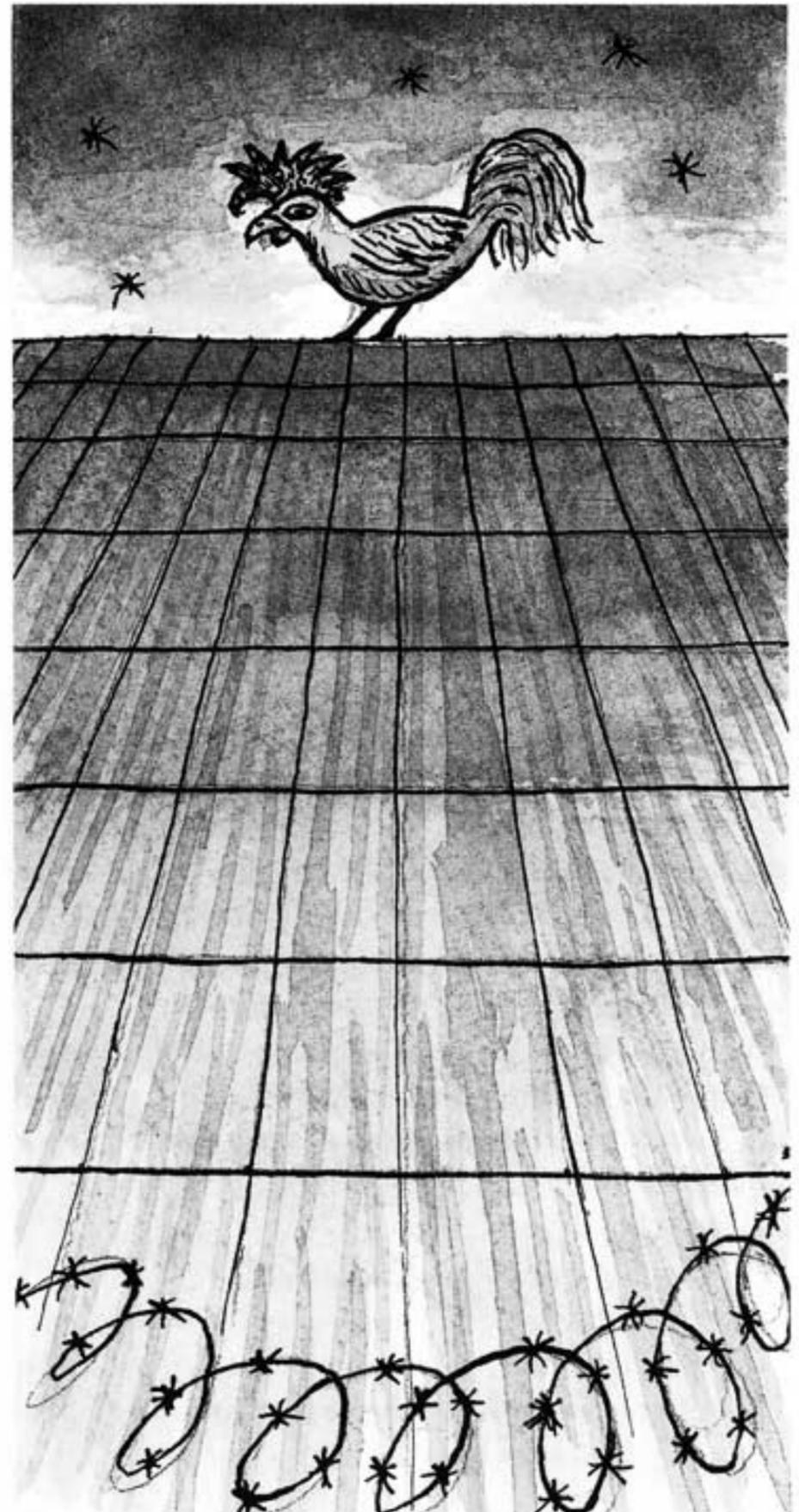
N.: (*Meditabundo.*) ¿Por qué quieres cruzar, S.?
 S.: (*Sorprendido.*) ¿Es un gallo?
 N.: ¿Para qué cruzar, S.?
 S.: Ya lo viste, N., es un monstruo. No, no creo que sea un gallo.

El gallo canta el quiquiriquí.

S.: ¡Sí, es un gallo!
 N.: (*Secamente.*) Son de esos que crecieron bajo las piedras.

Ambos permanecen mirando el gallo; S. entusiasmado, N. inexpresivo. El gallo deja de picar, se queda inmóvil, luego gira su cabeza hacia un lado, se queda inmóvil, y luego hacia el otro lado, se queda inmóvil, repite los movimientos.

S.: (*Excitado.*) ¡Nos está mirando, N.!



N.: (*Irritado.*) ¡No seas imbécil! ¡Los animales no saben mirar! Son sólo animales, sólo eso.

El gallo vuelve a aletear, repite el movimiento de los giros. En cada intervención inclinará la cabeza hacia el lado de quien hable.

S.: ¡Es maravilloso! (*S. se precipita a la muralla, escala a grandes zancadas, hace un ademán de alcanzarlo.*)

N.: ¡Déjalo, S., puede picarte! (*Pausa.*) No me has respondido. ¿Por qué quieres cruzar? (*S. obsesivo extiende sus brazos en dirección al gallo, y luego con una mano alcanza a rozar la punta de sus plumas.*)

N.: ¡Es un gallo deforme, no sirve para nada! (*El gallo aletea violento.*)

S.: (*Molesto.*) ¡Cállate, estúpido! ¡Lo asustas!

S. sube un poco más, vuelve a intentarlo, tira con fuerza de las plumas. El gallo se desprende y aletea, S. sigue el movimiento con una mano.

S.: ¡Maldición, casi lo agarro!

N.: Déjalo, S., no te canses, es un gallo anormal...

S.: (*S., en un movimiento rápido casi lo pesca de la cola. Con furia.*) ¡Llévame!

N.: (*Rompe a reír a carcajadas.*) ¿Y tú crees que sabe conducir?

S.: N... es anormal. (*Enfático.*) No es cualquier gallo, podría sostenerme y pasarme al otro lado.

N.: (*Tras imaginarlo.*) Eso es clandestino.

S.: ¡Qué importa! ¡Funcionará!

El gallo aletea vigoroso y emprende el vuelo a gran escala, hace grandes movimientos zigzagueantes a uno y a otro lado, S. lo sigue con la mirada. N. empuña el rifle... De súbito, el gallo vuelve suspendido arriba de N., S. de pronto se queda inmóvil, empieza a olfatear con un gesto de extrañeza, luego lo hace obsesivamente como averiguando de dónde proviene el olor.

S.: Oye, N., huele raro, como... a carne quemada.

N.: (*Indiferente.*) Es tu hambre.

S. se queda callado, pensando, después encoge los hombros en signo de no importarle, luego sigue al gallo con la mirada, se entusiasma. N. levanta el rifle y apunta hacia el gallo. Dispara. El gallo se aleja y se acerca. N. lo sigue con el rifle, vuelve a disparar. Por un rato, N. permanece cazándolo y el gallo huyendo, mientras que S. ríe cada vez que escapa el gallo. Luego de varios intentos N. se detiene y el gallo se aleja definitivamente.

Silencio.

S. atónito extiende sus manos débilmente hacia donde salió el gallo, no puede sostenerse por mucho tiempo y cae. Lanza un grito terrible y permanece en el suelo adolorido.

S.: (*Furioso.*) ¡Maldición! ¡Maldito sea el gallo! ¡Maldita sea la esperanza! (*Repite incesantemente hasta llegar al balbuceo.*)

N.: (*Mirando el cielo con fastidio.*) ¡Qué forma de interrumpir!

S.: ¿Regresará?

N.: (*Acaricia el rifle.*) ¡Qué desperdicio! ¡Cuántas balas al aire!

S. se sienta en el suelo, mira la suela de sus zapatos, encuentra hoyos en la suela. Pasa los dedos por los hoyos. Busca en el suelo algo para remendar sus zapatos.

N.: (*Meditabundo.*) S., ¿por qué quieres cruzar?

S.: Estoy huyendo.

N.: (*Prestando profunda atención.*) ¿Huyendo?

S.: (*Con gesto de fastidio.*) Huyo de Zeta.

N.: ¿De Zeta? He escuchado hablar de él.

S.: (*Interrumpe.*) No sé quién o qué cosa es, pero sé lo que hace.

N.: ¿Qué hace?

S.: Sería insoportable recordarlo. Lo he visto todo.

N.: ¿Todo?

S.: Sí... Zeta hace la guerra, el hambre, la peste, los terremotos... Zeta es la desgracia misma... es quien da la muerte.

N.: No, no has visto todo.

S.: Tú no has visto nada.

Silencio. Permanecen inmóviles por un momento. Luego S. encuentra un zapato izquierdo semihundido en la tierra. Lo extrae, le quita el exceso de polvo. Lo examina. La suela está en buenas condiciones. Se descalza el zapato izquierdo, lo hace a un lado. Coloca el pie izquierdo en el zapato. Se levanta, da unos cuantos pasitos y regresa a donde estaba. Fija la mirada en el hueco que dejó el zapato sobre la tierra. Voltea a varias direcciones buscando otro, con la mirada recorre el suelo alrededor del hueco.

N.: ¿Y tú crees que de este lado te salves de Zeta?

S.: Sí, Zeta nunca llegará ahí.

N.: ¿Cómo lo sabes?

S.: Lo dice la gente.

N.: ¡Bah!

S. encuentra otro zapato semihundido y a un lado descubre una montaña de zapatos. Les quita el exceso de tierra y extrae unos cuantos. Elige un derecho mejor conservado. Se descalza el zapato derecho y coloca el pie derecho en el zapato. Se levanta. Mira los zapatos. Camina un poco. Los vuelve a mirar. Asiente convencido. Luego voltea hacia un lado y hacia otro. Se decide por el lado izquierdo. Camina hacia allá. N. agudiza el oído.

N.: ¿A dónde vas, S.?

S.: ¿Conoces a alguien que pueda ayudarme?

N.: Es posible.

S.: ¿Quién?

N.: Yo.

S.: (*Resignado.*) ¡Qué va! (*Se aleja.*)

N.: No te vayas.

S.: Estoy cansado.

N.: Perderás tú última oportunidad.

S.: Buscaré a alguien...

N.: ¡Voy a ayudarte!

S.: (*Lo piensa.*) ¿Vas a ayudarme?

N.: Sí.

S.: ¿Y me dejarás cruzar?

N.: Sí, pero hay que negociarlo. ¿Qué dices?

S.: (*Meditabundo.*) Tengo sueño. Vamos a dormir.

N.: Sólo tendrás que aceptar un trato...

S.: Calla y duerme.

N.: No puedo.

S.: Hay vigilantes que duermen... y no pasa nada.

N.: ¿Para qué quieres que duerma?

S.: ¿Vas a ayudarme?

N.: Sí.

S.: Entonces duerme.

N.: Ése no es el trato.

S.: Para mí, ése es el trato... ¿Vas a ayudarme o no?

N.: ¡No puedo!

S.: No le demos más vuelta. Finge dormir y ya... Mira... yo cruzaré velozmente y me echaré a correr hasta desaparecer... luego abrirás los ojos lentamente y entonces... no verás nada... nunca viste nada y nunca sabrás si crucé o no... ¿Estamos?... Y si acaso recuerdas algo... lo soñaste.

N.: Imposible, no puedo, ni siquiera fingirlo.

S.: ¿Quién se va a dar cuenta?

N.: (*Pausa. Movimiento interno.*) Escucha bien, S.. Tengo un grave problema que pocos saben: ¡Nací con los ojos muy grandes, demasiados grandes, descomunadamente grandes... y no tengo párpados! ¿Entiendes? (*Con violencia súbita.*) ¡Nací sin párpados! (*Pausa.*) ¿Cómo podría cerrar los ojos? ¡No he dormido nunca! ¡Ni un solo día, ni unas cuantas horas, ni siquiera un instante! ¿Entiendes? Y para colmo ¡no sé qué es soñar!

Silencio. Permanecen inmóviles, luego S., tras un momento de incompreensión, mira sus zapatos; le quedan grandes, se sienta, les hace nudos a las agujetas.

S.: Dime qué tengo que hacer.

N.: Un trabajo especial.

S.: ¿Qué tipo de trabajo es?

N.: ¿Tienes algo con qué cavar?

S.: ¿Qué voy a hacer?

N.: Busca algo con qué cavar y después te digo.

S.: (*Desconfiado.*) Tengo que irme. (*S. se levanta y camina alejándose del muro.*)

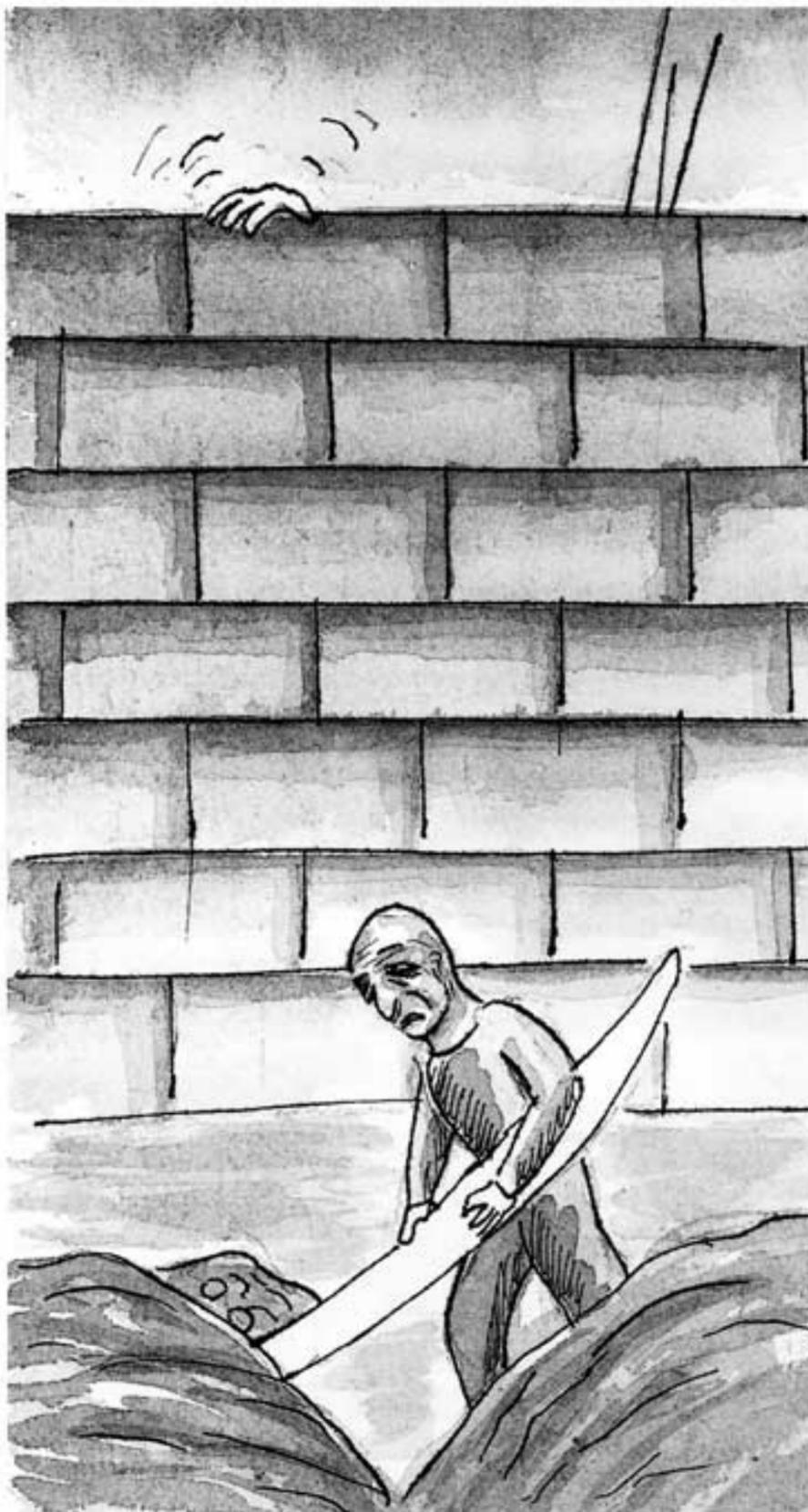
N.: (*Conciliador.*) S., ¿somos amigos, verdad?

S.: Ya no tengo tiempo.

N.: Te dejaré pasar si haces el trabajo que necesito.

S. *regresa sobre sus pasos.*

S.: No sé si pueda hacerlo.



N.: ¿Tienes manos?

S.: Todavía.

N.: Suficiente... ahora, busca algo con qué cavar, lo que sea.

S. *se dirige hacia el coche, se detiene. Lo mira con escrutinio. Observa la defensa, que pende de un lado. Luego se inclina y la arranca. Regresa al muro. N. envaina el rifle cerca de un cinturón. Se inclina bajo sus pies, a su lado hay una roca, la mueve, se ve un hueco, extrae del interior una cuerda enorme, luego la toma de una punta, le hace un nudo y la extiende, impulsándola hacia arriba. Se atora en una varilla del muro. La ensarta con fuerza.*

S.: N., encontré una defensa.

N.: Pruébala. Quizás funcione.

S. *clara la defensa en el suelo, la empuja hacia dentro, la impulsa hacia fuera y extrae tierra, vuelve a repetir la acción. N. sostiene la cuerda y comienza a impulsarse hacia arriba, con las manos hace un gran esfuerzo para jalar su cuerpo. Se le resbalan las manos, tira de la cuerda, vuelve a impulsarse, la cuerda se desprende. N. cae estrepitosamente. S. se detiene y se vuelve sorprendido hacia el muro.*

S.: ¿Qué te pasó, N.?

N.: (*Se incorpora sin queja alguna.*) Nada... (*Ansioso.*) ¿Ya estás cavando?

S.: Sí. Funciona bien la defensa. (*Mira la varilla y la cuerda ensartada. N. vuelve a la cuerda, la ensarta y se impulsa nuevamente.*)

S.: ¿Qué haces, N.?

N.: Sigue cavando.

S. *mira fijamente la cuerda.*

N. (*Sin atenderlo.*) Que el hoyo sea grande y profundo, ¿escuchaste? (*Se impulsa afanoso hacia arriba con gran esfuerzo, pero en ese momento la cuerda se desprende.*)

S.: ¿Te caíste, N.?

N.: *(Se incorpora sin dolor alguno. Con frialdad.)*
Dedícate a cavar.

N. vuelve a intentarlo. S. mira hacia la cuerda.

S.: ¿Por qué trepas N.?

N.: *(Pausa. Suelta un sollozo.)* Tengo que cruzar.

S.: ¿Hacia este lado?

N.: Necesito tu ayuda, S..

S.: ¿Qué vas a hacer?

N.: Termina de cavar y luego te explico.

S.: No deberías cruzar.

N.: Sigue cavando.

S.: ¿Y si te sorprende Zeta?

N.: Tú me escondes.

S.: No, no podría. Si lo hago, me mata. Mejor no cruces.

N.: Debo hacerlo.

S.: ¡No!

N.: Voy a cruzar.

S.: *(Autoritario.)* No lo permitiré.

N.: *(Desafiante.)* Estoy seguro de que sí.

S.: Romperé tu cuerda.

S. se precipita al coche, arranca un fierro largo. Regresa al muro. Se trepa. Extiende el fierro. Alcanza a tocar la cuerda. Comienza a cercenarla.

N.: ¿Qué haces, imbécil? *(S. no responde.)* ¡Es por tu bien. No lo hagas!

S.: No te dejaré pasar.

N.: *(Imperioso.)* Déjame, te lo suplico.

S.: Imposible. *(Sigue cercenando.)*

N.: Angustiado. ¡Ya, por favor, no lo cortes! *(S. no responde. N. se enciende.)* Está bien, hazlo. Pero antes tienes que saber algo.

S.: ¿Qué?

N.: Si la cortas, tú tampoco cruzarás. *(S. se detiene.)* Hicimos un trato. Si tú haces tu parte, yo te daré la cuerda.

S. tras reflexionar deja caer el fierro y desciende lentamente del muro. Abatido toma la defensa, la sumerge en la tierra y comienza a cavar.

S.: No me has dicho todo lo que tengo que hacer.

N.: Cuando haya cruzado, te lo diré.

N. con gran esfuerzo llega al borde del muro, se sienta. Mira a su alrededor. Suspira. Luego mira hacia el hoyo que S. está cavando.

S.: *(Fatigado.)* ¿Qué tan profundo lo quieres?

N.: Como una fosa.

S.: *(Voltea a verlo sorprendido.)* ¡Lograste llegar, N.!

N.: Estoy justo en la mitad.

Silencio.

S.: *(Echando una ojeada a N.)* ¡Nunca imaginé que fueras así!

N.: ¿De qué hablas?



S.: (*Hace un gesto de desagrado.*) ¡Qué raro estás, N.!

N.: (*Lanza una carcajada.*) ¿Ah? ¿Y tú ya te viste?

S.: (*Enmudece de golpe. Se palpa la cara avergonzado.*) ¿Qué tengo?

N.: (*Indiferente.*) Termina de cavar.

Silencio. Permanecen inmóviles, luego S. voltea a mirar la cuerda.

S.: (*Señalando con el índice.*) ¿Y la cuerda?

N.: ¿Qué tiene?

S.: Si se rompe... y no estoy atento.

N.: Entonces te llamaré...

S.: (*Regresa a cavar.*) ¿Cuánto me falta?

N.: Lo suficiente como para que quepas en él.

S.: (*Atónito.*) ¿Es para mí?

N.: No. Fue un ejemplo.

Se miran entre sí.

N.: (*Meditabundo, hace varios nudos alrededor de la varilla.*) ¿Qué vas a hacer cuando hayas cruzado?

S.: (*Con vitalidad.*) Buscaré el árbol de las sombras

N.: ¿El de las sombras?

S.: Sí. Necesito que cambie mi rostro. (*Pausa.*) ¿Sabes cómo lo hace? Tú lo conoces. Debes haberlo visto... Dicen que es muy grande.

N.: (*Dubitativo.*) No lo recuerdo bien...

S.: Sí. Es un árbol que da muchas sombras. (*Movimiento interno.*) Sólo él puede cambiarme.

N.: (*Repentinamente lo asalta una imagen.*) ¡Ah, sí! El árbol de las sombras... Lo veo todos los días... Lo conozco perfectamente. (*Movimiento interno.*) Cuando llega la noche, el viento mueve su follaje, entonces de entre sus ramas se oyen como ronquidos, como si el árbol durmiera, y a la mañana siguiente lo oigo hablar.

S.: (*Excitado.*) ¿Y qué dice?

N.: Su voz es extraña. Se oye a rechinido, casi como un gemido.

S.: ¿Y qué dice?

N.: ¡Otra vez soy un árbol!

S.: ¿Cómo? ¿Un árbol?

N.: (*Intentando explicarse.*) El árbol duerme, y como todos los que duermen, mientras duerme llega a tener sueños. Y uno de sus sueños recurrentes es ser un humano. Durante el sueño él se ve como un humano: habla, camina, trabaja, se enamora, etcétera. Pero al despertar se da cuenta de que sigue siendo un árbol. Así que todas las mañanas llora porque no ha dejado de ser árbol.

S.: (*Abatido.*) Por eso no me gusta soñar. (*Pausa.*) A veces hasta me esfuerzo por no dormir, pero algo sucede que de repente me desvanezco y empiezo a soñar. Y sucede algo raro. Siempre me sueño ahorcado. ¿Qué significará?

N.: ¿Y siempre despiertas?

S.: Sí, llorando.

N.: Ése es el error... lo mejor sería que no despertaras nunca, así no tendrías que llorar. (*Hace un fuerte nudo alrededor de la varilla y luego desciende lentamente.*)

S.: (*Fatigado.*) ¿Qué vas a hacer con el hoyo?

N.: (*Se resbala bruscamente, vacila tambaleándose.*) ¡S., ven pronto! (*S. se dirige hacia N., se detiene debajo de él, observa la cuerda.*) ¡Agárrame los pies! (*S. mira la cuerda preocupado. Advierte que puede romperse. Extiende los brazos hacia los pies de N. pero no alcanza. La cuerda se tensa.*)

S.: ¡Bájame más!

N.: ¡No puedo, súbete más!

S.: (*Toma la cuerda angustiado y la mueve débilmente.*) Vas a reventar la cuerda.

N.: (*Tira con fuerza de la cuerda.*) ¡Me caigo!

S.: (*La cuerda se tensa más. S. la mueve con fuerza.*) ¡No es culpa mía!

N.: ¡Agárrame te digo!

S.: (*La mueve violentamente.*) ¡Ya suéltate!

N.: (*Gira, golpeándose con el muro.*) ¡Suelta la cuerda!

S.: (*La mueve incontenible.*) ¡Déjame caer!

N.: ¿Qué dices?

S.: (*Furioso.*) ¡Se va a romper la cuerda, imbécil!

N.: ¡Es mía!

S.: (*La agita con fuerza. Ruido de cuerda reventándose.*) ¡Se está...!

N.: ¡Haz lo que te pido y salvaré la cuerda!

S.: ¡Qué quieres que haga! ¡Dilo ya!

N.: (*En un rápido movimiento, toma el rifle y apunta hacia S.*) ¡Agárrame los pies!

S.: (*Suelta la cuerda y se precipita al muro. De súbito se detiene y lo olfatea con gesto de extrañeza.*) Oye N., hueles a carne quemada.

N.: ¡Sigue subiendo! (*S. se impulsa hacia arriba con gran esfuerzo, N. baja hacia S. y apoya los pies en sus hombros. S. se dobla. Caen los dos. N. se incorpora rápidamente y sin dolor, sin queja alguna, y apunta hacia S. que se incorpora adolorido. N. avanza amenazante.*) ¡Termina de cavar! (*S. camina atemorizado hacia el hoyo, toma la defensa y comienza a cavar.*) ¿Sabes para qué lo hiciste? (*S. lo mira de reojo y no contesta, sigue cavando.*) Para mí. (*S. hace una expresión de profundo desconcierto. N., sin perderlo de vista, camina volteando en varias direcciones. Suspira.*) Este lugar... no cambia mucho de lo que imaginé... aquí se siente la muerte... como si te estuviera esperando...

S.: Zeta está cerca, hay que apurarnos.

N.: (*Enfrascado en sus pensamientos. Señala con la cabeza hacia el otro lado.*) Allá nunca sentí arraigo, nada me pertenecía.

S.: (*De súbito hace un gesto de recordar algo. Cava con velocidad.*) ¡Zeta puede sorprendernos en cualquier momento!

N.: (*Se vuelve hacia el hoyo.*) ¡Hasta ahí está bien! (*S. avienta la defensa.*) ¡No, levántala!

S.: (*Impaciente, vuelve a tomar la defensa.*) ¿Qué sigue?

N.: El trabajo especial.

S.: (*Titubea.*) ¿Es peligroso?

N.: (*Sin dejar de apuntarle se inclina hacia el hoyo.*) ¡Ven, asómate! (*S. obedece.*) ¿Crees que está a mi medida? (*S. lo mira de reojo y mueve la cabeza en signo afirmativo. N. se levanta y se acerca hacia S. sigiloso. Con voz baja.*) Yo me meteré aquí y lo que tú tienes que hacer es echarme mucha tierra. Primero cubre mis ojos... totalmente, y después de que hayas hecho esto, cubre toda mi cara. Y luego, cuando llegues a mi pecho

¡dispárame!... después terminas de cubrirme por completo. (*S. queda pasmado. N. se asoma al interior del hoyo, deja el rifle en el suelo. Luego se sumerge con dificultad. Llega hasta al fondo y se acomoda. Se acuesta. S. crispado deja caer la defensa. Se precipita velozmente hacia el muro. N. advierte la ausencia de S. y en un impulso se incorpora, lo mira furioso. Grita desde el hoyo.*) ¡S.! (*S. toma la cuerda. N. se incorpora y se asoma.*) ¡No huyas!

S.: (*Se vuelve hacia N. temeroso.*) ¡No puedo matarte!

N.: ¿Nunca has matado a alguien? (*S. no responde.*) No pasa nada. Sólo dispara y ya. Es fácil matar. No pasa nada, te lo aseguro. (*S. enmudece y se impulsa hacia arriba.*) Hicimos un trato, S.. (*S. se detiene agarrado de la cuerda.*) Tienes que cumplir, S., para que yo te permita cruzar sin problemas, de lo contrario yo te mataré a ti... (*Conciliador.*) Entiéndelo. No se puede dar y aceptar gratuitamente. Por eso existe el dinero, los negocios, los tratos. Y nosotros hicimos un trato ¿o no?

S.: Olvídalo. Yo no puedo matarte. (*Se impulsa hacia arriba con fuerza.*)

N.: Es fácil, sólo tienes que echarme tierra y disparar. (*Angustiado.*) Por favor dame una digna sepultura. No quiero morir como los demás, te lo suplico. (*N. estalla desesperado, toma el rifle, apunta hacia S., dispara, S. cae. N. sale del hoyo y va hacia S. Se inclina frente a él.*) ¡S.! ¿Querías irte... no? (*S. no responde, N. avanza un paso.*) Tenía que hacerlo. Lo lamento. Tú me obligaste. (*Avanza otro paso.*) S., ¿estás muerto? Sólo quise darte un susto.

Silencio.

S.: (*Sin volverse.*) Me mataste.

N.: (*Aliviado, se vuelve hacia S.*) ¿Estás enojado? (*Silencio.*) ¡Perdón! (*Le toca el hombro.*) Vamos, S.. (*Silencio.*) ¡Dame la mano! (*N. le extiende la mano. S. levanta la vista.*) ¿Amigos? (*S. se pone rígido.*) ¡Deja que te ayude! (*S. lo to-*

ma de la mano. N. lo jala hacia él. S. se levanta con esfuerzo.)

S.: ¡Me asustaste!

N.: ¿Amigos?

S. le da un apretón de manos. Se miran fijamente y sonríen. Luego se dirigen hacia el hoyo. Al llegar ahí se detienen. S. debatido mira el hoyo.



S.: Oye, N., ¿por qué quieres morirte? (N. no responde. Se inclina hacia el hoyo. Deja el rifle en el suelo y se sumerge en la profundidad.) ¿Qué problemas tienes? (N. llega al fondo y se acuesta.)

N.: Doy mi vida por tener una digna sepultura... y no morir como todos. ¿Tú lo has visto? Regados en la calle, como trapos viejos. (Morimiento interno.) Eso no es para mí. Yo merezco una digna sepultura.

S.: (Reflexivo.) ¿No te imaginas? Una ciruela cambió mi vida. Una vez amanecí en medio de los escombros ¿y qué crees que vi? Una luz diminuta... centelleante. Me deslumbró... Luego vi un brillo y ese brillo se movía. No podía creerlo. Cuando abrí por completo los ojos descubrí que era ni más ni menos que una gota de agua que caía sobre una ciruela. ¿Te imaginas en medio de los escombros? La ciruela brillaba, hasta parecía que me sonreía... entonces la tomé y me la comí... y todo cambió, me sentí renovado, con fuerza, distinto. ¡Me salieron ganas de vivir! ¡Te das cuenta, una ciruela cambió mi vida! Y entonces me dije ¡Huye de Z. Huye! Y veme aquí ahora... (Mira hacia los escombros, levanta con la punta del pie algunas piedras.) Si yo pudiera encontrar otra ciruela... (Se agacha, y afanoso comienza a buscar.) Te la daría... ayúdame a buscar una.

N.: (Impaciente.) Déjate de estupideces, échame tierra y ya.

S.: (Con vehemencia.) Si encontrara una... (Hurga en la tierra.)

N.: No pierdas tiempo. Ocupate de darme una digna sepultura y ya.

S.: (Sigue buscando.) Por aquí creo que hay una.

N.: (Para sí.) Sólo quiero descansar.

S.: (Toma una canica roja.) Creo que aquí hay una. (La mira bien.) No, no es.

N.: (Con violencia súbita, se levanta, toma la pistola y apunta hacia el hoyo. N. lo mira amenazante. S. se queda en el borde del hoyo, se acuesta. S. toma la defensa.) ¡Sepúltame! (S. asustado se dirige al hoyo y empieza a arrojar tierra sobre N.) Primero los ojos.



S.: (Arroja tierra hacia los ojos) ¿Te arde?

N.: ¿Qué?

S.: La tierra.

N.: Estoy cansado. Sigue.

S.: Puedes arrepentirte. (Arroja más tierra.)

N.: Sigue.

S.: Alguien podría extrañarte.

N.: ¿Quién?

S. mueve los labios pero no se le escucha nada. Continúa arrojando tierra. Los ojos de N. se enrojecen.

S.: ¿Puedo parar?

N.: Sigue.

S. le cubre los ojos por completo.

N.: Oscuro... por fin ya no veo nada.

S. lo mira fijamente.

N.: Ahora puedo dormir.

S.: ¿Continúo?

N.: Sigue.

S. le cubre la cara por completo y hasta la mitad del cuerpo.

S.: (Fatigado.) ¿Podría descansar un momento? (N. no responde. S. deja caer la defensa. Se oyen ronquidos. Camina sigiloso y echa miradas rápidas hacia, que está inmóvil. S. toma la cuerda. Se impulsa hacia arriba pero resbala. Hace varios intentos y fracasa. S. regresa a donde está N. Le grita.) ¡N., N., N.!

N.: (Furioso.) ¿No has terminado?

S.: (Suplicante.) ¡N., te necesito!

N.: (Débilmente.) ¿Por qué me despiertas? No viste que estaba soñando...

S.: (Sin escucharlo.) Necesito tu ayuda.

N.: (Anhelante.) ¿Sabes qué soñaba?

S.: Ayúdame por favor.

N.: (Ensimismado.) Soñaba que... caminaba por una calle... y al doblar por una esquina... todo cambió, había muchos árboles verdes, pájaros, ríos. Era precioso y en medio de los árboles vi a mis amigos, mis hijos, estaban también mis padres y hasta mis abuelos. Estaban en medio de una plaza, sentados, comiendo. Y cuando me acerco a ellos, me extienden una ciruela. ¡Comían ciruelas! ¿Puedes creerlo?

S.: (Interrumpe impaciente.) ¡Eso sólo fue un sueño!

N.: ¡Quiero seguir soñando! Y no despertar...

S.: (Mira ansioso hacia el muro.) Necesito subir.

N.: Tienes que enterrarme.

S.: (Con súbita violencia.) N., tengo un grave problema. Soy un montón de músculos y nada más. No tengo huesos que me sostengan. ¿Entiendes? Por eso me caigo constantemente.

N.: (Secamente.) Nada puedo hacer por ti.

S.: ¿Nada? Y si la cuerda se desprende ¿qué voy a hacer?

N.: ¡Qué idea! (Pausa.) La amarré con mucha fuerza, casi la soldé a la varilla.

S.: ¿Y si me resbalo?

N.: ¿Por qué no renuncias?

S.: ¿Renunciar? ¿A cruzar?

S. se acerca a N. y lo mira con escrutinio. Lo asalta una idea y se aleja.

N.: Sí. Arrepiéntete.

S.: Imposible.

N.: Es por tu bien.

S.: Lo haces para no ayudarme.

N.: (*Conciliador.*) Quiero ayudarte, por eso lo digo.

S.: Sal entonces y ayúdame.

N.: Imposible.

S.: Pensé que éramos amigos.

N.: No por mucho tiempo.

S.: Te contradices.

N.: Soy humano.

S.: No en el fondo.

N.: No me conoces bien.

S.: (*Reflexivo.*) Cierto... no te conozco, ni tú a mí... pero algo me dice... (*le asalta una idea*) que tú eres... sí... tú eres...

N.: ¿Quién?

S.: (*Tembloroso.*) Estoy seguro... todo coincide... el rifle, tu anormalidad, tu obsesión por la muerte. ¿Cómo no me di cuenta antes? ¡Me engañaste! ¿Cómo pudiste disfrazarte de un vigilante cualquiera? La gente lo decía: Usa mil disfraces... pero ¿por qué a mí? Todavía no. (*Rompe a llorar.*)

N.: Tranquilízate. ¿Con quién me confundes? Yo soy N., un vigilante cualquiera.

S.: ¡Y sigues tratando de engañarme! Pero no te me vas a escapar.

N.: (*Rompe a reír.*) ¿Pero quién crees que soy?

S.: ¡Tú eres Z.!

N.: (*Irónico.*) Honor que me haces.

S.: Sí, tú eres. (*Con violencia súbita se inclina, toma el rifle y le apunta.*) ¡No te muevas!

N.: (*Se incorpora de súbito.*) ¿Vas a matarme? ¡Hazlo! Sólo te pido que me des digna sepultura.

S.: ¡Maldito Z.!

N.: ¿Crees que realmente soy yo? (*Pausa. Intentando tranquilizarlo.*) Me queda una duda... Si Z. es el que da muerte. Me pregunto: ¿Quién serías tú, si me matas? ¿Has pensado en ello? (*S. empu-*



ña el rifle, coloca el dedo en el gatillo. N. desesperado sale de súbito del hoyo y le intenta quitar el arma.) Yo no soy Z.. Te lo juro. ¡Por favor! Dame digna sepultura. Te lo suplico.

S.: Acabarás peor que un trapo viejo.

N.: Si me disparas así, tú te convertirás en Z.. ¡Date cuenta!

S.: (*Sigue apuntando.*) ¿De verdad?

N.: (*Angustiado.*) Además, yo sí creo saber quién es el verdadero Z..

S.: (*Incrédulo, sigue apuntando.*) ¿Quién?

N.: El verdadero Z. está esparcido en todos los seres de impulsos asesinos, está dentro de los criminales, de todos aquellos que matan. Es un ser invisible, que está dentro de muchos seres... Nadie lo ha visto, nadie lo conoce.

S.: (*Ríe.*) ¡Qué absurdo!

N.: Es verdad lo que te digo... (*Movimiento interno.*) ¡Z.!

S.: (*Reflexivo.*) ¿Z. yo?

N.: Sí, tú.

S.: (*Recordando.*) Alguna vez me soñé como él, pero nunca pensé...

N.: ¿Te gustaría serlo?

S.: (*Para sí.*) ¿Ser yo Z.?

N.: ¡Imagínate!

S.: Es posible.

N.: (*En tono afable.*) Z. puede ser tú o todos al mismo tiempo. (*Reflexivo.*) Y si empezamos por ti... todo coincide... mira. ¿Sabes con qué letra se escribe Z.? (*Pausa.*) Con Z. de Zapato o con S. de Samuel.

S.: No sé.

N.: Suena exactamente igual. Zeta con Z. que con S.. Con ambas se oye igual. Escucha: ZETA O SETA.

S. comienza a repetirse para sí el nombre de Z. incesantemente. Estalla en un grito.

N.: (*Sarcástico.*) ¿Y no has pensado en la letra de mi nombre? (*S. desesperado pone el dedo en el gatillo. N. se pone divertido.*) ¡Vamos, es sencillo! (*S. no responde.*) Te voy a ayudar. ¿Qué pasaría si invertimos la N.? ¿Qué te queda?... Si invertimos la N. ésta se convierte en Z.. Esto quiere decir que N. es igual a Z.. ¿Cómo ves? Todo es un juego, una ilusión. Z. puede ser uno o puede ser todos. Lo que sucede es que la gente se lo ha inventado para divertirse. (*Transición.*) Ahora continúa con mi sepultura. (*Se dirige al hoyo. Da la espalda a S.*)

S.: (*Impaciente.*) ¡Qué astucia la tuya! ¡Te haces esconder atrás de un juego para que no te descubran! (*Apunta hacia N.. N. se vuelve asustado y agita las manos intentando detener el arma. S. implacable dispara una y otra vez sin detenerse.*)

S.: ¡Qué forma de engañar! (*Se acaban las balas y deja caer el arma.*)

Silencio.

S. se precipita hacia el muro, toma la cuerda, se impulsa hacia arriba con gran esfuerzo. Después de varios intentos, casi desfallecido, llega al borde del muro. Se sienta. Mira hacia abajo jubiloso, luego desciende a grandes zancadas, llega por fin a la superficie. De súbito empieza a olfatear. Agita una mano cerca de su nariz para hacerse aire.

S.: (*Con voz baja, para sí.*) Huele a carne quemada. (*Mira en varias direcciones, buscando la procedencia, después de un momento se detiene, hace un ademán de indiferencia. Mira a su alrededor, descubre un árbol, sonríe. Va hacia su dirección. Al llegar camina a su alrededor, lo mira con escrutinio.*) Árbol... ¿me ves? (*Llega una oleada de viento, se mueven las ramas vertiginosamente. Crujido de ramas. S. se acerca agudizando el oído. Hace un ademán de comprenderlo todo.*) ¡Ah, es que no te escuché!... (*Se esfuerza como si escuchara algo.*) ¿Quién? ¿Yo?... soy... ¡Un humano! (*Pausa.*) ¿Hablas de N.? (*Pausa.*) Él ya no está aquí, se fue al otro lado! (*Pausa.*) A dormir, a soñar. (*Pausa.*) Sí... él me platicó... ¿es verdad? (*S. hace un gesto de no escuchar.*) ¿Qué? No te escucho. (*Se agitan las ramas. S. se coloca bajo el follaje.*) ¡Ah! ¡Sí lo creo! A mí también me pasó... varias noches me soñé como Z.... (*Pausa.*) No. Cuando desperté tuve que huir de él. (*Pausa.*) Sí, sí, él es. Pero ¿cómo lo sabes? ¿Lo conoces? (*De súbito deja de hacer viento; las ramas se quedan quietas.*) ¿Has visto a Zeta? (*Silencio. El árbol permanece inmóvil.*) ¿Quieres dormir, verdad? (*S. mira atento sus ramas, luego se sienta a un lado del tronco.*) Eres un árbol raro... tan raro que podría decir que pareces humano... ¿Y con esas ramas?... grandes y deformes como brasas. Sin duda, la evolución de la especie empezó contigo. (*Profundamente consternado.*) A veces me pregunto: ¿Por qué no nací árbol para no involucrarme con todo eso que hace Zeta, y estar sencillamente ahí parado, contemplando sus atrocidades?

Se escucha un aleteo espeluznante. S. mira hacia arriba. El gallo se para en el borde de la muralla. Gira su cabeza hacia el lado donde está N., se queda inmóvil, y luego hacia el lado donde está S., se queda inmóvil. S. se pone de pie y lo mira desconcertado.

S.: ¿Qué haces ahí? (*El gallo desciende y se coloca arriba de una montaña de tierra. S., irritado, ha-*

ce un ademán para que se vaya.) ¡Vete! (El gallo aletea pero no se mueve.) ¡Largo! (El gallo vuelve a aletear.) ¡Animal! ¿Para qué sirves? (S. vuelve a sentarse, encoge sus piernas y levanta su cara hacia el follaje. Suspira anhelante.) Vamos transformame. (Cierra los ojos.) Nunca darás conmigo, Zeta. (Espera. Se toca el rostro, el cuerpo. Espera largamente hasta que paulatinamente se queda dormido.)

El gallo canta el quiquiriquí. Amanece.

S. abre los ojos. Mira el follaje. Se pone de pie bruscamente. Mira todo el árbol atónito. Camina alrededor de él. Lo observa con escrutinio. Su rostro se descompone terriblemente a medida que avanza. No alcanza a comprender lo que ve. De las ramas cuelgan hombres ahorcados, completamente quemados, carbonizados.

S.: (Para sí.) ¿Y las sombras? (De súbito llega una oleada de viento. Los ahorcados se balancean de un lado a otro. Crujido de ramas. Se oye un sonido quejumbroso. S. sigue con la mirada el movimiento de los ahorcados. Luego, se precipita hacia el tronco. Lo abraza.) ¿Aquí también?

S., con la mirada, busca una respuesta. Luego se dirige hacia el gallo, se detiene frente a él. Lo mira interrogante. El gallo da unos pasitos y se aproxima a él. S. lo mira fijamente. El gallo se acurruca en su regazo. S. baja la mirada, luego se desvanece desfallecido.

Silencio.

S. tendido junto al gallo, sobre el montón de tierra, gira su cabeza hacia un lado. Mira frente a él. Hay algo enterrado. Extiende la mano, lo extrae. Es la punta de un zapato que yacía enterrado. Se incorpora aturdido. Hurga en la tierra. Encuentra más zapatos. Vuelve a hurgar más lejos. Hay cientos...

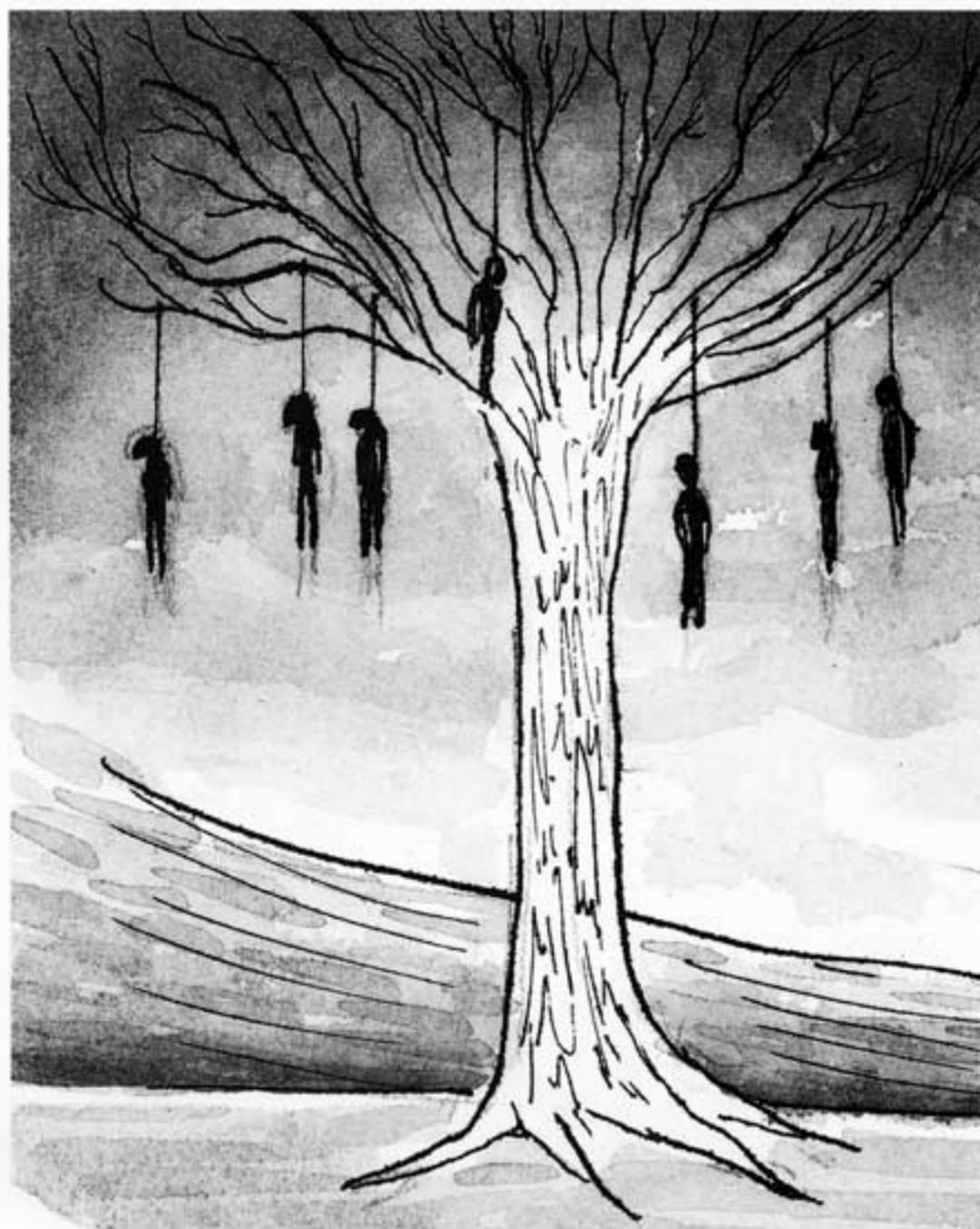
S.: (Se levanta desesperado y grita al unísono.): ¿POR QUÉ AQUÍ TAMBIÉN Z.? ¿Hay otro lugar donde no estés?

Silencio.

S.: (Se queda inmóvil. Mira fijamente hacia el fondo. Un lívido rayo de sol baña otro muro inmensamente grande. Ríe con vivacidad.) Sí... algo debo hacer.

El gallo canta el quiquiriquí.

TELÓN P



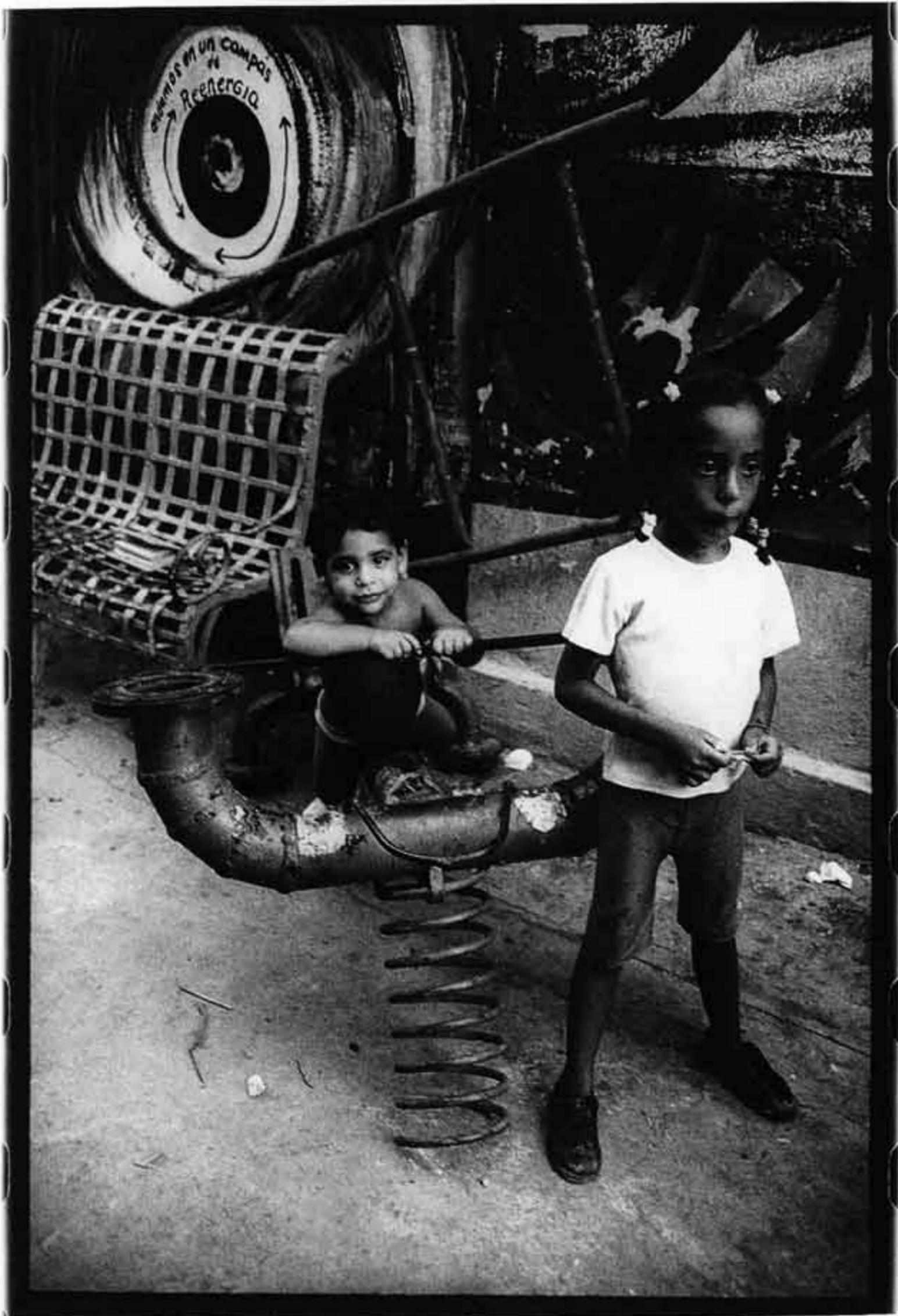
Sin título

Claudia Sofía Benítez Duarte
FACULTAD DE PSICOLOGÍA, UNAM



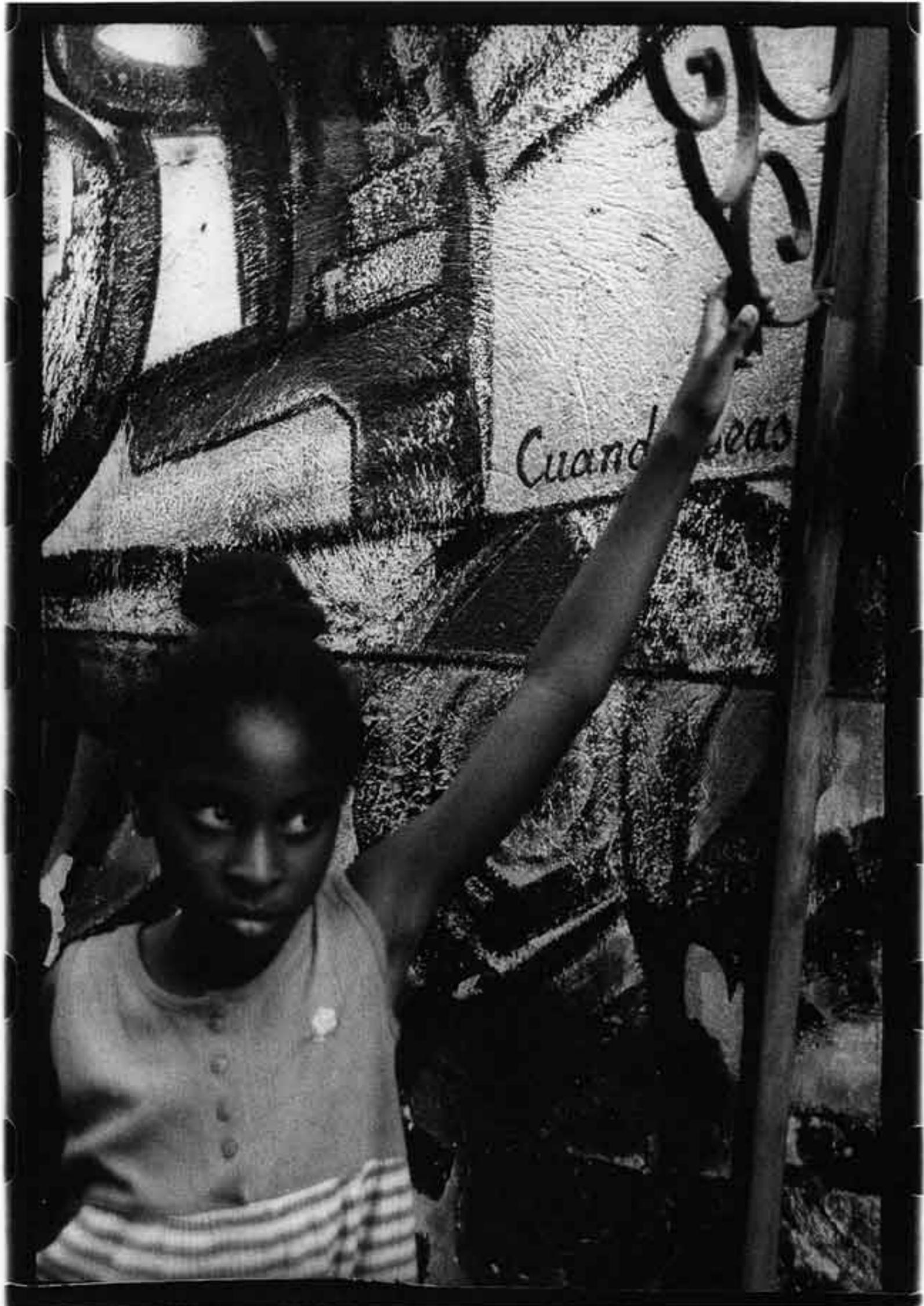












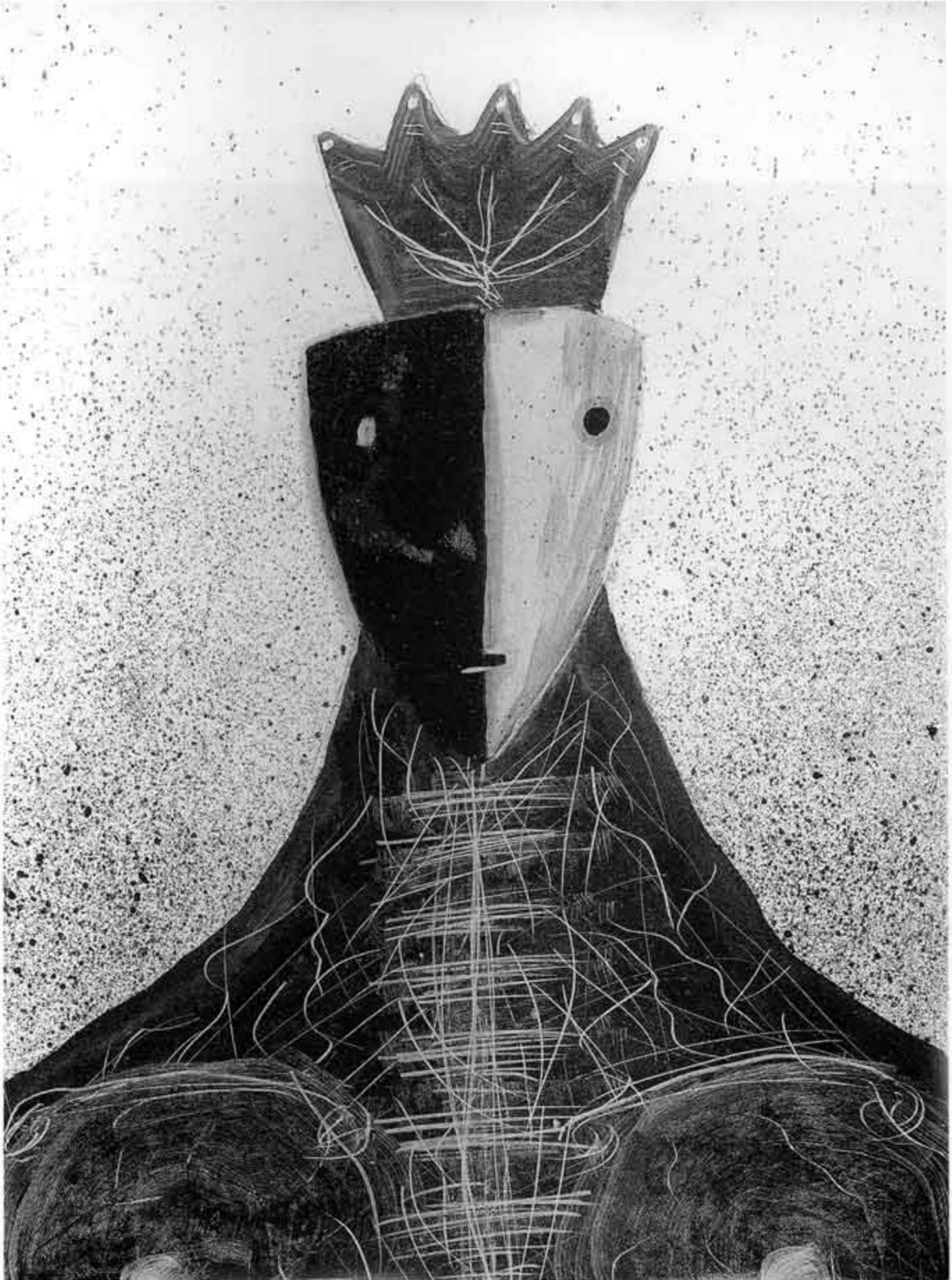


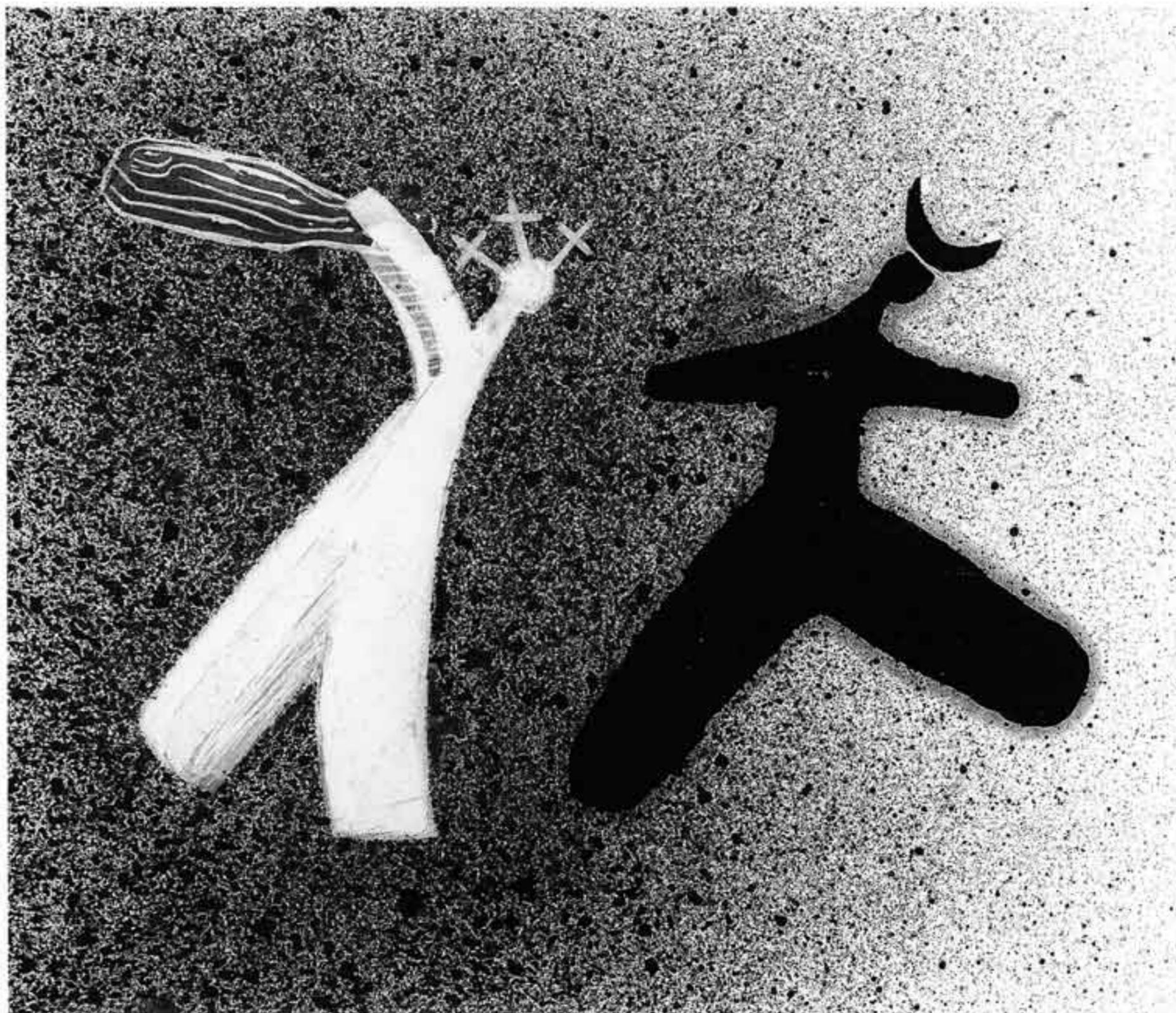
Alegorías

Enrique Puebla Valencia

ESCUELA NACIONAL DE ARTES PLÁSTICAS, UNAM











CONVOCATORIA

BASES

punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

1.- Podrán participar todos los estudiantes de bachillerato, licenciatura y posgrado de México.

2.- Los trabajos deberán ser inéditos. En el caso de textos, deberá entregarse original y dos copias, mecanografiados a doble espacio. En el caso de viñetas y fotografías, sólo se entregará el material original. Todos los trabajos deberán ser firmados con seudónimo y entregados en un sobre que presente en el exterior el título del trabajo, la categoría en que concursa y el seudónimo del autor, y que contenga además un sobre de menor tamaño, cerrado, con los datos siguientes:

Nombre completo del autor, seudónimo, rubro en el que concursa, título del trabajo, escuela, número de cuenta, copia de credencial u otro documento que lo acredite como estudiante, domicilio particular (calle, número, colonia, delegación o municipio y código postal), teléfono y, si se tiene, dirección de correo electrónico.

3.- El tema de los trabajos es libre y su extensión deberá ser la siguiente:

Crónica: de cinco a quince cuartillas.

Cuento: de cinco a quince cuartillas.

Cuento breve: dos cuartillas como máximo.

Ensayo: de cinco a quince cuartillas.

Fotografía: una serie temática de cinco a diez originales tamaño 8 x 10 en blanco y negro.

Fragmento de novela: de diez a veinte cuartillas.

Poesía: de cinco a quince cuartillas.

Teatro: treinta cuartillas como máximo.

Traducción (francés/español o inglés/español): de cinco a diez cuartillas, junto con el texto en la lengua original.

Viñeta: una serie temática de cinco a diez originales.

4.- Ningún trabajo será devuelto.

5.- La fecha límite de entrega es el 31 de enero de 2003. Si los trabajos son enviados por correo, se tomará en cuenta la fecha del matasellos postal. *No se recibirán trabajos durante el periodo vacacional de la UNAM (del 16 de diciembre de 2002 al 3 de enero de 2003).*

6.- El premio para cada uno de los géneros consiste en \$3,000.00 (TRES MIL PESOS M.N.), la publicación del trabajo ganador en la revista Punto de partida, un reconocimiento y un lote de libros editados por la Dirección de Literatura de la UNAM.

7.- El jurado podrá otorgar las menciones que considere pertinentes en cada género. Éstas recibirán un reconocimiento y un lote de libros publicados por la Dirección de Literatura.

8.- El jurado estará compuesto por personas de trayectoria reconocida.

9.- El fallo del jurado será inapelable y se dará a conocer directamente a los ganadores y en los medios de comunicación.

10.- Los casos no previstos en esta convocatoria serán resueltos por la Dirección de Literatura.

CONCURSO 34 DE LA REVISTA PUNTO DE PARTIDA



Entrega de trabajos

en Revista Punto de partida /
Dirección de Literatura /
Coordinación de Difusión
Cultural UNAM,
Zona administrativa exterior,
edificio C, primer piso,
Insurgentes sur 3000,
Coyoacán, Ciudad
Universitaria, 04510 México,
Distrito Federal.
Informes en el teléfono:
5622-62-01 o en
cestrada@correo.unam.mx

Historias de mujeres

Carmen Uriarte



Rosa Montero
El corazón del tártaro
 Espasa Calpe, Madrid, 2001

“—Te he encontrado”, sólo eso, tres palabras oídas una mañana a través de la línea del teléfono ponen en marcha, en una marcha frenética hacia el recuerdo y el miedo, a Zarza —Sofía Zarzamala—, protagonista de *El corazón del tártaro*, novela de la escritora y periodista española Rosa Montero.

Impulsada por el terror, Zarza sólo tiene veinticuatro horas para, paradójicamente, encontrarse y alejarse para siempre de Nicolás, su hermano mellizo, quien desde el principio de sus vidas la arrastró hasta el abrazo de la muerte; hasta la comarca de la Reina; hasta el territorio donde la única que domina es la Blanca —la otra soterrada protagonista—, la que se metió en sus venas y la sometió hasta obligarla a hacer casi hasta lo imperdonable.

Una simple llamada hará que el presente de Zarza, frágilmente asentado en años de vida metódica y solitaria, se tambalee, y la hará correr al encuentro obligado de la memoria y del dolor.

Espléndidamente estructurada, esta novela construye y reconstruye, en un constante ir y venir del pasado al presente y viceversa, las vidas de Zarza y Nicolás, la de Miguel —su hermano retrasado—, la de su padre, la de Urbano. Vidas que se entretajan alrededor de un mundo de abandono, violación y sufrimiento; de dependencia y crueldad; de traición y venganza; de delitos que no se recuerdan y de palabras liberadoras.

En *El corazón del tártaro* Rosa Montero se vale de la intriga y de la sorpresa constantes para mantener al lector en vilo desde la primera página hasta un desenlace digno de su espléndida narración y para adentrarlo a todo un mundo urbano de drogas y prostitución, tan similar al averno, al tártaro del que en muy contadas ocasiones se logra escapar.

John Irving
Una mujer difícil
 Tusquets, Barcelona, 1999

Una mujer difícil, del autor norteamericano John Irving, es una novela que, desde sus primeras páginas, atrapa al lector de forma inmisericorde. Su lectura es más fuerte que el cansancio y el sueño. Es el libro que se lleva bajo el brazo a los sitios más inusuales: a la mesa, sin el menor respeto a los demás comensales; a la cama, sin consideración ni atención al compañero o compañera; al trabajo, sin medir las consecuencias que pudiera tener una súbita entrada del jefe a la oficina; al coche, para leer un poco en los embotellamientos y, ¿por qué no?, en los altos, y casi hasta la regadera —el agua puede ser lo único que detenga una lectura desenfrenada hasta la última página. El final, sin embargo, se ve llegar con nostalgia prematura.

Irving va urdiendo un finísimo entramado valiéndose de la infancia, juventud y madurez de Ruth Cole, marcada desde su nacimiento por los pecados y virtudes de sus padres, y de los demás personajes sin dejar un solo cabo suelto. El más sutil e insignificante suceso queda perfectamente trabado a la urdimbre que hace que esta “mujer difícil” sea tan apetecible.

Ruth, niña precoz, joven solitaria y destacada escritora, compone su vida en el recuerdo rencoroso de Marion, su madre. Ambas mujeres sostienen el argumento, una —la hija— lo hace de frente y desde el presente; la otra, desde la memoria de los demás. Esta fuerte presencia femenina de la novela se equilibra con personajes tan atractivos como el padre de Ruth, Ted, o Eddie, el eterno amante de *Una mujer difícil*.

El autor conoce tan bien su oficio —curiosamente, o no tanto, los personajes principales son escritores— que lo que sucede en el ámbito de la novela es tan legítimo como la misma realidad.

Ésta es, en suma, una obra peligrosísima, el incauto lector queda enredado en ella sin remedio y, ya que esta “peligrosidad” en una novela de intriga se convierte en una cualidad, *Una mujer difícil* resulta tener muchos atributos. ●



P